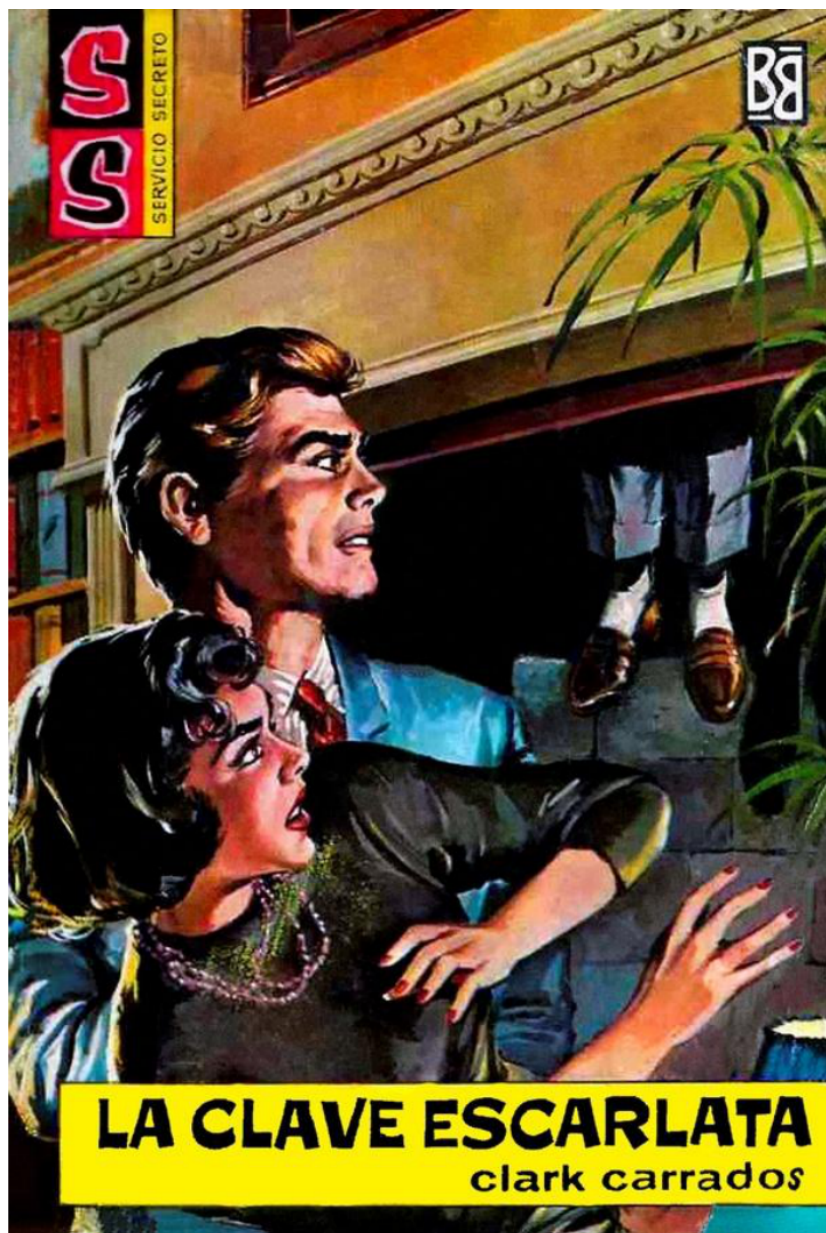


S
S

SERVICIO SECRETO

B&B



LA CLAVE ESCARLATA

clark carrados

CLARK CARRADOS

**LA CLAVE
ESCARLATA**

1.^a EDICIÓN
MARZO - 1962



EDITORIAL BRUGUERA, S. A.
BARCELONA - BOGOTA - BUENOS AIRES

CALIFICACION DE NUESTRO ASESOR MORAL



APTA PARA TODOS

DEPOSITO LEGAL B 825 - 1962

PRINTED IN SPAIN - IMPRESO EN ESPAÑA

© CLARK CARRADOS - 1962

**Impreso en los Talleres Gráficos de Editorial Bruguera, S. A.
Mora la Nueva, 2 - Barcelona - 1962**

N. R. 6561/61

Todos los personajes y entidades privadas que aparecen en esta novela, así como las situaciones de la misma, son fruto exclusivamente de la imaginación del autor, por lo que cualquier semejanza con personajes, entidades o hechos pasados o actuales, será simple coincidencia

ULTIMAS OBRAS DEL MISMO AUTOR PUBLICADA
POR ESTA EDITORIAL

En Colección BISONTE:

738. — Límites de sangre.

En Colección SERVICIO SECRETO:

604. — Conspiración.

En Colección BUFALO:

438. — Capitán Fracaso.

En Colección CONGO:

6. — Sahara en rojo.

En Colección TEXAS:

307. — La vuelta del yanqui.

En Colección CALIFORNIA:

240. — Doble rescate.

En Colección COLORADO:

228. — Seis al infierno.

LA CLAVE ESCARLATA

Por
CLARK CARRADOS



CAPÍTULO PRIMERO

La noticia sacudió a la ciudad con el mismo estruendo que hubiera provocado la explosión de una bomba atómica.

Reuben Symington, el millonario y prominente hombre de negocios, había sido hallado muerto de un balazo en la biblioteca de su lujosa mansión, situada en el número 2485 de Riverside Planters.

La sacudida fue tan fuerte que llegó incluso hasta el lugar donde yo me hallaba de vacaciones. La distancia a la ciudad era de ochenta millas, pero aun así, los ecos de la explosión provocada por el asesinato me atronaron los oídos como si los hubiera tenido situados en la misma espoleta de la bomba.

La radio lo dio en las noticias de última hora, alrededor de las diez de la noche. La jornada había sido fructífera para mi caña de pescar, y las truchas que había obtenido en el lago junto al cual estaba pasando mis vacaciones tenían un sabor exquisito.

Escuché la noticia de la muerte de Reuben Symington cuando me hallaba beatíficamente tumbado en la veranda del *bungalow* que había alquilado para cuatro semanas. En cuanto el locutor hubo terminado de radiar su mensaje, supe que mis vacaciones se habían ido al cuerno.

Por la mañana, en tanto disponía mis cosas para pescar, había escuchado otra interesante noticia. Fargo Spillets, antiguo empleado de Symington y a quién éste había hecho despedir primero y encarcelar después, por haberse comprobado era autor de un desfalco de casi doscientos mil dólares, lo cual llegó a motivar una condena de quince años, se había evadido del penal de Indiana donde estaba recluido.

Spillets había sostenido siempre su inocencia, pero las pruebas en contra de él habían sido abrumadoras y el Jurado lo había hallado culpable, por lo que al juez Meyliss no quedó otro remedio

que sancionar la decisión del Jurado con quince años de presidio. Y Spillets, en el momento de ser conducido a la cárcel, había dicho que se escaparía para matar a Symington. Después de ello, ya no le importaba lo que hicieran con él. Pero Symington tenía que morir, habían sido sus palabras más o menos textuales.

¿Había sido Spillets el autor de la muerte del millonario?

No lo sabía. De lo único que sí estaba seguro era de que mis vacaciones se habían terminado cuando apenas hacía una semana que estaba disfrutando de ellas.

De todas formas, si esperaban que suspendiera mi descanso *motu proprio*, estaban frescos. Conque, a la mañana siguiente, hice como si no hubiera escuchado ninguna de las dos noticias y empecé a preparar de nuevo la caña, los sedales, los anzuelos y los cebos.

Al salir de la cabaña vi un ciclista. Maldije al inventor de tan útil artefacto, porque sabía cuál era la misión del que lo montaba.

Esperé a pie firme en la explanada de la cabaña. El ciclista llegó y se apeó de su vehículo. Era un muchachuelo de unos quince años, con el rostro cubierto de pecas y granos repartidos con imparcial profusión.

—¿Es usted el teniente David Clarkson? —me preguntó.

—El mismo, hijito —dije, alargando la mano hacia el sobre amarillo que el mensajero traía en la misma—. Dame ese telegrama.

—Oh, no, señor. Primero tendrá que firmarme el recibo. Tome este lápiz. Aquí, señor.

—Sí que eres desconfiado, hijito. Para policía no tendrías precio. Ya está. Ahora dame el sobre.

—Sí, señor. —El muchacho me entregó el mensaje, que doblé de cualquier manera y guardé luego en el bolsillo—. ¡Cómo! —se admiró—. ¿Es que no lo lee?

—Sé de sobra lo que dice —gruñí, enseñándole los dientes, de tal manera que el chico retrocedió un paso, asustado.

Tomó su bicicleta, y ya iba a montar en ella cuando, de pronto, me miró con expresión de arroba.

—Oiga, teniente, usted es el hombre que solucionó el caso Marysville, ¿no es cierto?

—Sí, eso dicen, hijito.

—Y el que mandó también por cuarenta años a la cárcel al temible forajido Rocco Vitucci, ¿verdad?

—La gente acostumbra a exagerar. El juez le puso solamente treinta y ocho años.

Entonces, el admirado mozalbete sacó del bolsillo posterior de sus pantalones una sobada libreta, con tapas de hule, y la abrió por una de sus páginas.

—Firme aquí, teniente —dijo.

—Chico, ¿te has creído que soy la Monroe?

El mensajero hizo un gesto de desdén.

—¡Bah! De esa tipa tengo ya tres autógrafos. Me falta uno como el suyo.

—Sí, y el de Nikita Khrouchev. ¿Por qué no le escribes al Kremlin a ver si te lo envía?

Los ojos del chico brillaron de pronto.

—Pues no deja de ser una magnífica idea, teniente. Gracias por habérmelo sugerido. Lo haré en cuanto llegue a casa. ¡Adiós, teniente!

Montó en la bicicleta y salió cuesta abajo a toda marcha. Yo moví la cabeza mientras esbozaba una sonrisa.

—¡Bendita juventud! —dije, recordando que la mía se me había pasado en buena parte en las montañas de Corea, peleando contra los chinos comunistas.

De pronto, recordé el telegrama. Lo abrí, fastidiado.

SUSPENDA VACACIONES STOP MUERTE REUBEN
SYMINGTON RECLAMA PRESENCIA TODOS
INVESTIGADORES EN CIUDAD STOP COMPENSARE
TIEMPO PERDIDO MAS ADELANTE STOP ALQUILE UN
«JET» PERO VENGA INMEDIATAMENTE STOP FIRMADO
WILLIAM PENDERLEY JEFE POLICÍA FIN DEL MENSAJE.

Solté un escupitajo.

—Compensaré tiempo perdido más adelante. ¡Qué sueño tan hermoso! —dije, mientras me encaminaba a la cabaña a empaquetar todas mis cosas.

CAPÍTULO II

Al salir a la carretera un pulgar me hizo el universal signo del «autostop».

Miré primero el pulgar, luego el brazo, seguí con el hombro y después miré más abajo del hombro. Lo que venía a continuación me satisfizo enormemente, conque apliqué el freno jímio a la cuneta de la carretera y luego retrocedí unos cuantos metros hasta situar la portezuela del coche junto a la hermosa autostopista.

Era morena, muy esbelta, de talle delgado y piernas largas como las de una *prima ballerina*. Tenía los ojos claros y el cabello muy oscuro. Vestía un simple *pullover*, muy ajustado a su espléndido busto, y una falda de color claro, con zapatos de tacón alto. Tenía un bolso grande y negro en la mano izquierda y le calculé unos veinticinco años. Su expresión era alegre y confiada.

—¡Hola! —saludó al verme—. ¿Va usted a Mona —han City?

—Ése es mi destino, preciosa —dije. Me incliné para abrir la portezuela y la miré a los ojos—. Suba, beldad de la Arabia.

Mis floreos parecieron incomodarla ligeramente. No obstante, continuó sonriendo:

—Gracias —dijo al sentarse a mi lado, dejando ver las dos rodillas más bonitas que he contemplado en mi vida. Se dio cuenta de mis miradas y tendió el índice hacia adelante—. La carretera está ahí, teniente.

Arranqué sin dejar de mirarla. Ella se refugió en el lado opuesto del asiento.

—Tenga cuidado, teniente —insistió.

Al fin, con gran esfuerzo, conseguí apartar los ojos de su rostro y miré hacia la carretera. De pronto di un bote en el asiento.

—¡Oiga! —exclamé—. ¿De qué me conoce usted?

—He visto sus fotografías un montón de veces, teniente: Es usted más popular que la B. B.

—Vaya —dije—, algo es algo. Luego le llaman a uno el conocidísimo agente secreto. ¿Le molestaría decirme su nombre?

—¿Curiosidad profesional?

—No. Simplemente, cuestión de urbanidad. Todavía no se ha presentado, que yo sepa.

—¿Le quitará el sueño ignorar mi nombre, teniente?

Agarré con fuerza el volante. Luego encogí los hombros. No hay cosa que más me disguste que el que me tomen por un tenorio. Me gustan las mujeres, pero sin excesos desagradables. De modo que cerré la boca y me concentré en la tarea de conducir.

La carretera por la cual rodábamos no era la principal, sino una secundaria que luego se subdividía en varios ramales que conducían a los diferentes lugares turísticos en torno al lago. Para llegar a la autopista que conducía a Monahan City faltaban aún varias millas.

Por otra parte, aquella ruta era angosta y tortuosa. Descendía entre estrechos valles flanqueados por altas montañas cubiertas de pinos y abetos, bordeando un profundo barranco, por cuyo fondo corría velozmente un arroyo de curso irregular y blancas espumas. Era preciso tener la vista atenta en todo momento; el menor fallo podía enviarle a uno a cuarenta metros más abajo de un solo salto. El aterrizaje no tendría nada de blando, por supuesto.

La carretera era sinuosa y no muy ancha, por eso la morena me había recomendado mirase al frente en lugar de a ella. Era una lástima, porque la chica tenía mucho que mirar.

Me fijé, sin embargo, en un detalle. Sus zapatos estaban llenos de polvo y rayados en algunas partes, como también se le veían algunos leves arañazos en la parte de los tobillos. Esto me dijo que había estado caminando algún tiempo a campo traviesa. ¿En medio de aquellas fragosidades?

No tuve mucho tiempo para pensar más detenidamente sobre el particular. De pronto, al doblar una curva pronunciada, vimos un coche que se hallaba detenido casi en el centro de la carretera.

Frené hasta reducir la velocidad al mínimo. El coche me cerraba el paso casi totalmente y era preciso manejar con Cuidado, si no quería saltar al abismo. De pronto, dos individuos saltaron del vehículo, agitando las manos.

—¡No se detenga! —dijo la muchacha de repente, pero era ya tarde; mi coche se había parado del todo.

Los dos individuos se nos acercaron uno por cada lado.

—Dispense —dijo uno de ellos—, nuestro auto ha tenido una avería y... —Sacó una pistola de pronto—. ¡Levanten las manos los dos, rápido!

La experiencia me ha demostrado lo peligroso que resulta hacerse el héroe según en qué circunstancias. No me costó demasiado obedecer el requerimiento y rascar el techo de mi auto con las uñas.

Miré a la chica con el rabillo del ojo. Ella permanecía quieta en el mismo sitio, sin cambiar de postura, con el bolso sujeto sobre el regazo con ambas manos. La única señal de su alteración interior era el rápido movimiento de su busto al respirar con un ritmo más vivo que de ordinario.

—¿Se trata de un atraco? —pregunté cortésmente.

—Se trata de... ¡narices! —farfulló el individuo, con cara de muy pocos amigos—. Tú, regístralos, Buzzy.

Capté con la mirada el hecho de que aún quedaba otro individuo en el coche, de cuyo motor escuché un leve ronroneo, lo cual me dijo que el trío esperaba salir arreando apenas hubiera conseguido sus fines. ¿Qué fines? me pregunté sin saber a qué carta quedarme.

—De acuerdo —contestó el segundo de los gorilas. Hizo girar la manija de la portezuela y ordenó—: Salgan fuera, pronto.



—¡Salgan fuera, pronto!

La chica salió por un lado y yo por el otro. La pareja de individuos nos hizo situarnos delante del motor de mi automóvil.

—Registra el coche —dijo el primero—. Yo los cubriré.

—O. K. —contestó Buzzy.

Esperamos unos momentos, quietos en el mismo sitio,

guardando un silencio casi absoluto. De pronto, la voz del individuo que registraba el coche sonó restallante:

—¡Shim, no hay nada!

—¿Estás seguro?

—Absolutamente.

El forajido que teníamos frente a nosotros se mordió los labios.

—Bien, ven aquí. Ahora los registraremos a ellos.

El otro llegó y empezó a mover sus manos por encima de mi cuerpo. No encontró otra cosa que tabaco, cerillas, algunas monedas... y mi cartera en el bolsillo posterior del pantalón. La abrió y su rostro se demudó al instante.

Retirándose unos pasos, se unió a su, compañero, enseñándole mi documentación. Shim mascullo una interjección.

—Devuélvesela, pronto.

El tipo me entregó de nuevo la cartera, que guardé en el mismo sitio. Acto seguido se enfrentó con la muchacha.

—Vamos a ver, preciosa —dijo.

Los ojos de la morena llameaban de ira.

—No me ponga las manos encima, puerco —dijo con voz silbante—. No me las ponga o...

El gorila rió en voz baja. Alargó la mano.

—Lo haría de muy buena gana. Pero por el momento, hay otra cosa que me interesa mucho más. Dame el bolso, guapa.

La chica retrocedió un par de pasos. El pandillero emitió una sonora imprecación.

Trató de arrojarle sobre la muchacha para arrebatarse el bolso. Entonces ella, con rápido movimiento, lo arrojó al barranco.

El pandillero lanzó una espantosa blasfemia. Alzó la mano y propinó a la chica una soberana bofetada que la derribó por el suelo, con crujiente revoloteo de faldas y espléndida exhibición de las piernas más maravillosas que he visto nunca.

La pistola de Shim me clavó en el suelo, antes de que pudiera hacer nada por defender a la muchacha. Ésta se incorporó con la agilidad de un gato y se arrojó sobre Buzzy.

Era una mujer de empuje. Otra cualquiera, en sus circunstancias, se habría acobardado. Ella, por el contrario, parecía haber sido espoleada por la bofetada.

Alargó ambas manos y alcanzó el rostro de Buzzy antes de que

éste, sorprendido por la inesperada reacción de la muchacha, pudiera evitarlo. El gorila lanzó un agudo chillido de dolor al sentirse en su carne el hondo rastro de diez uñas que se le clavaban sin piedad.

El tipo conocía algunos trucos de baja ley. Levantó la rodilla y golpeó la ingle de la chica, la cual se desplomó al suelo sin aliento, pero también sin emitir el menor gemido de queja.

—¡Perra! —La escupió el forajido, mientras sacaba un pañuelo para restañarse la sangre que le corría abundante por ambas mejillas. Conservaría durante largo tiempo las huellas de los arañazos.

La muchacha se puso ambas manos en el vientre y me miró con expresión de súplica. Me encogí de hombros con gesto significativo. Su rostro, en medio del dolor que se reflejaba en el mismo, adquirió un aire despreciativo.

—Es preciso bajar al barranco y recoger el bolso —dijo Shim.

Su compañero le miró airadamente.

—¿Tienes ganas de que me juegue el tipo? —dijo.

—Vamos, vamos, Buzzy, baja. Hemos de ver lo que contiene ese bolso. De lo contrario la chica no habría tenido tanto interés en desprenderse de él.

Buzzy rezongó algo entre dientes, pero acabó por obedecer. Le compadecí; yo habría dejado el empleo inmediatamente si me hubieran dado aquella orden.

El fulano empezó a descender, agarrándose con ambas manos a las rocas y a las matas de la pared del barranco. La chica ya se había sentado en el suelo, pero sus manos seguían sobre la región afectada, mientras que sus ojos continuaban brillando con expresión asesina.

Hasta aquel momento, yo había permanecido inactivo. Sin embargo, no en balde me había ganado el apodo de «Trucos» a fuerza de emplearlos a lo largo de los años que llevaba en el Departamento de Homicidios de Monahan City. Ninguno de los actores de aquella escena se había percatado de que, poco a poco, con infinita lentitud, me había ido acercando a un pedrusco que se hallaba a un lado de la carretera, a pocos pasos por delante del motor de mi automóvil.

Mis movimientos parecían naturales en aquella circunstancia,

como si fueran producto de la lógica curiosidad que sentía al hallarme metido en aquel jaleo. Por fin llegué a tocar con la puntera de mi zapato derecho la base del pedrusco.

Metí un poco el zapato por debajo del mismo. Aguardé la ocasión propicia.

Súbitamente, la piedra salió disparada con la velocidad de un proyectil. No alcanzó un blanco exacto, que era el rostro de Shim, pero aún resultó mejor; chocó contra su mano derecha, desarmándole y enviando la pistola a varios metros de distancia.

—¡Hurra! —gritó la chica, poniéndose en pie de un salto.

Shim lanzó un gruñido. Corrió hacia la pistola.

Le alcancé, agarrándole con la mano izquierda por el cuello de la chaqueta y obligándole a enderezarse. Entonces, antes de que pudiera percatarse de lo que le sucedía, disparé mi puño derecho.

Shim voló unos metros por los aires antes de aterrizar de espalda en el suelo, con muy poca suavidad, por cierto. Entonces oí un grito.

—¡Cuidado, teniente!

Me volví rápidamente. El tercer pandillero salía en aquel momento del coche, empuñando una pistola de pavoroso aspecto.

Maldije mi imprevisión. Pero ¿quién iba a pensar que podría necesitar una pistola en mis truncadas vacaciones?

El tercer gorila me encañonó con el arma.

CAPÍTULO III

Sonó un disparo.

El forajido se llevó la mano al hombro y soltó el arma, a la vez que caía contra la portezuela del automóvil.

—¡Bravo! —grité, dirigiéndome hacia el herido.

Recogí su pistola y le registré rápidamente, sin encontrarle más armas. Luego le examiné la herida de un modo superficial.

La bala le había atravesado limpiamente el hombro, de modo que curaría pronto. Le hice sentarse en el asiento posterior del coche y luego regresé junto a la muchacha.

Shim continuaba desvanecido en el suelo. Le arrojé una rápida mirada; no parecía probable una inmediata reacción por su parte.

—Habrá visto —dije—, que cuando no intervine era porque guardaba un cartucho de reserva.

—Por algo le llaman «Trucos», teniente. En el lugar de ese pistolero, le habría vigilado con mucha más atención.

Puse ambas manos sobre las caderas.

—Parece que está muy enterada de mis hazañas, supuestas o reales —dije—. ¿Tiene la bondad, de una vez por todas, de decirme su nombre?

—¿Tanto le interesa, teniente? No creo que él conocer mi identidad pueda serle muy útil en estas circunstancias.

—Se equivoca —dije—. Después de lo sucedido, las explicaciones de todo género me interesan más que nunca, señorita. Espero que diga su nombre por propia voluntad, antes de recurrir a otros medios.

—¿Cuáles? —dijo, adelantando el busto, henchido y firme, con gesto desafiante.

—Por ejemplo, llevármela detenida a la Jefatura de Policía de Monahan City. Esos pandilleros detuvieron mi coche y lo han registrado a conciencia. Luego me registraron a mí, y cuando le

tocaba el turno a usted, arrojó el bolso al barranco. ¿Qué contenía ese bolso para que mostrasen por él tanto interés esos individuos?

Una expresión de divertida malicia apareció en el rostro de la chica.

—Pregunta demasiado, teniente. Y no le contestaré, primero porque no lo estimo conveniente; y segundo, porque en estos momentos usted es un simple ciudadano que carece de jurisdicción alguna sobre mí. Esto se encuentra fuera de los Emite de la ciudad, ¿comprende?

—Sus argumentos legales pueden ser rebatidos fácilmente, señorita —contesté—. Teóricamente, tiene usted razón: pero en la práctica puedo ejecutar tal detención, no como oficial de policía, sino como un simple ciudadano —usted acaba de manifestarlo así—, que sospecha que otro ha cometido o está a punto de cometer un acto delictuoso.

La pistola de la muchacha, con la que antes hizo el disparo, me apuntó de pronto al estómago.

—¿De verdad va a detenerme, teniente? —preguntó con la mejor de sus sonrisas.

Sentí de pronto un vacío tremendo entre las rodillas y el cuello. El aspecto de la morena tiraba a angelical, pero yo había conocido ángeles que luego habían resultado ser demonios. Y la pistola del herido estaba en la pretina de mi pantalón, de modo que no podría sacarla antes de que ella apretase el gatillo.

La chica se echó a reír.

—Descuide, teniente; mi última intención es disparar contra usted. ¿Qué le parece si echáramos una mirada al tipo que bajó al barranco en busca de mi bolso?

—Es una buena idea —concordé cautelosamente—. Pero no asómenos demasiado la cabeza; estos seguro de que cree que ha sido su compinche el autor del disparo.

—Muy bien —contestó ella. Y echó a andar hacia el borde de la cortadura.

Me coloqué a una distancia prudencial, vigilándola constantemente. Aún ignoraba sus intenciones, y aquel ademán con la pistola al encañonarme me hacía desconfiar.

Asomamos las cabezas con precaución por encima de un matorral. El gorila había llegado ya al fondo y estaba buscando el

bolso de la chica, cosa que no tardó en conseguir.

—¡Ya lo tengo, Shim! —gritó, con voz cuyos ecos rebotaron entre los muros del cañón.

La chica y yo nos miramos con aire cómplice. Tenía tiempo sobrado, de modo que fui a examinar al herido, cuyo aire belicoso se había evaporado por completo con el balazo recibido. Sangraría un poco, pero no tenía más. En cuanto a Shim, continuaba en el mejor de los sueños.

Aguardamos. Buzzy emprendió la ascensión con mil sudores, sujetando el bolso por el asa, con los dientes. No parecía muy satisfecho de haberse convertido en un improvisado alpinista; a mí tampoco me habría gustado verme en un trance semejante. La verdad, mirar hacia abajo infundía no ya miedo, sino pánico.

Poco a poco, el pandillero ganó terreno. Al fin, se situó a unos metros de nosotros.

Ahora venía la parte más difícil de la escalada. En su última etapa, el tipo tenía que trepar por un muro casi vertical de unos cuatro o cinco metros de altura, que partía de una pequeña plataforma que había en su base y cuya anchura no rebasaba los treinta centímetros. El mío se extendía a ambos lados en una longitud bastante apreciable, en tanto, que la plataforma sólo medía un par de metros como máximo. Era imprescindible, pues, que terminara su ascensión por aquel lado.

Le dejamos subir, escuchando su resollar, que parecía el de un penco asmático. De pronto, la muchacha se puso en pie, quizá con un exceso de precipitación. Yo lo hubiera dejado llegar hasta arriba; con el cansancio que tenía, le habría derribado sólo con el dedo meñique.

—¡Bravo, muchacho! —exclamó ella, sonriendo satisfecha.

La cabeza de Buzzy acababa de asomar por el borde de la cortadura. Sus ojos expresaron el asombro que sentía al vernos allí, libres y ambos armados, en lugar de continuar prisioneros de sus compinches.

El asombro le resultó fatal. Olvidóse de que todavía no había llegado arriba, y uno de sus pies le resbaló.

Buzzy lanzó un agudísimo chillido al perder pie. Intentó agarrarse con las manos al borde, empleando todas sus fuerzas, pero el peso de su cuerpo era excesivo para la fatiga que ya lo poseía.

Cayó al barranco.

La chica gritó. Me puse en pie de un salto, mirando hacia abajo, a la vez que maldecía entre dientes.

El bolso rebotó de roca en roca, como un negro pajarraco, hasta llegar al fondo, suelto de los dientes del gorila. Éste tropezó contra el saliente y rebotó.

Buzzy, fue proyectado fuera de la pared y cayó, agitando de un modo espantoso brazos y piernas, mientras su espeluznante alarido se alejaba de nosotros, hasta transformarse en un sordo choque que erizó mis cabellos. Dio un par de botes en las rocas del fondo y luego se quedó inmóvil.

La chica se volvió de espaldas al barranco, súbitamente estremecida por el horror. Fui hacia ella y le quité la pistola, sin encontrar la menor resistencia.

—Se anticipó demasiado —dije con dureza—. Ese tipo subía muy cansado y no podría habernos resistido por más esfuerzos que hubiera hecho.

Ella me miró con ojos lacrimosos.

—Dispénseme —contestó—. Fui... me precipité, lo siento.

—¡Mujeres! ¡Bato! —rezongue despectivamente—. Siempre complicando las cosas y...

El bramido de un motor me interrumpió súbitamente. Los dos volvimos el rostro al instante.

Shim se había puesto en pie, aprovechando nuestro descuido y, llegando al coche, había tomado el volante, haciéndolo arrancar antes de que pudiéramos apercibirnos lo suficiente para detenerle.

Levanté la mano y solté un tiro, pero la misma precipitación me hizo fallar el blanco. El auto dobló el próximo recodo haciendo chillar las gomas, y luego se perdió de vista.

Nos quedamos unos momentos inmóviles, sin saber qué hacer ni qué decir. En otra carretera, quizá hubiera saltado a mi coche y emprendido la persecución de Shim y su esbirro, pero en aquélla no tenía ganas de emular a ningún campeón de automovilismo. Siento un sano cariño por mi pellejo, y en aquel lugar sólo podía correr quien estuviera desesperado y no le importase arriesgar mi peligro para salvarse de otro mayor.

Hubo una pausa de silencio. Luego, la chica suspiró y su gesto hinchó su *pullover* de modo encantador.

Sonrió.

—Bueno —dijo—, y ahora, ¿cómo nos las arreglamos para recuperar el bolso?

La miré de costado.

—Rechazo la insinuación, señorita —dije con aire muy digno, volviéndome hacia mi coche—. No tengo ganas de acabar como Buzzy.

Ella me alcanzó rápidamente y me tomó por el brazo, a la vez que sus grandes ojos pardos me miraban de forma suplicante.

—Teniente... —murmuró.

—Usted me quiere mal, señorita —dije, con hosco acento.

—Le creí un poco más galante —murmuró ella, frunciendo los labios de un modo tentador.

—No tengo ganas de romperme la crisma contra el fondo del barranco. Cada vez que recuerdo lo que le pasó a ese infeliz, se me doblan las piernas.

—Teniente... —susurró con cálido acento, acercándoseme de modo que su busto lleno y juvenil resaltara con firme trazado bajo el *pullover* que lo cubría.

Saqué bandera blanca, quiero decir que me rendí. No había quien se resistiera a una mirada semejante.

—Está bien, está bien —sentenció al cabo—. Vaya a la Jefatura de Policía de Monahan City. Allí conocen la dirección de mis familiares.

Llegué al borde del barranco y me volví hacia ella.

—Mis flores preferidas han sido siempre los nenúfares, señorita —manifesté lúgubrementes.

Ella asintió con la cabeza.

—Por lo que he podido apreciar hasta ahora, nunca he visto una corona de nenúfares en un entierro, pero usted la tendrá, teniente. Se lo garantizo.

—Gracias —respondí—. Ahora ya puedo morir tranquilo, sabiendo que será satisfecho uno de mis más viejos caprichos. ¡Adiós!

—Buen viaje.

¡Qué fresca! Agitaba la mano como si me despidiera en una estación del ferrocarril.

Emprendí el descenso y no quiero contar el miedo que pasé,

porque necesitaría una docena de páginas para describir mis sentimientos mientras bajaba al fondo del barranco. Lo más rápido, es decir que, tras mil sudores y después de destrozarme las rodillas y los zapatos, pude alcanzar el final de mi primera etapa.

Descansé unos momentos antes de hacer nada. Estaba empapado de sudor de arriba abajo, y las rodillas me temblaban todavía. Finalmente pude inclinarme sobre el destrozado cuerpo de Buzzy.

El pensamiento de que quizá a mí podía ocurrirme también algo análogo, me heló la sangre en las venas. Ni siquiera intenté tocar aquel montón de carne rota y sangrante. Que lo hicieran otros más tarde.

Busqué el bolso y no tardé en encontrarlo. Sujeté las correas con los dientes y emprendí la subida, durante la cual pasé de nuevo otro infierno de angustias y trabajos.

Cuando llegué arriba, me dejé caer de bruces contra el suelo. Estaba agotado y sin aliento, el corazón me latía con la fuerza de un tam-tam

contra las costillas y mis energías no eran superiores a las de un recién nacido. El sudor que brotaba de mi frente cayó en gruesos goterones sobre el polvo de la carretera.

Unos momentos después, levanté la mirada. Entonces vi que la chica y el auto habían desaparecido.

Me puse en pie de un salto, olvidado de mis padecimientos y maldiciendo como un poseído. La cubrí de injurias e invectivas, pero pronto hube de frenar mi nada cortés oratoria, dado que no podía hacer nada por remediar lo irremediable.

Sentí una viva extrañeza por no haber oído el ruido del motor de mi automóvil al arrancar. Pero no tardé mucho en suponer lo que ella había hecho. Con toda seguridad se había sentado tras el volante, soltado el freno y recorrido así, gracias a la pendiente del camino, unos cuantos centenares de metros antes de poner el motor en marcha. No podía ser de otro modo.

Era inútil confiar en que otro automóvil me recogiese por aquella carretera, pues no era siquiera fin de semana, aparte de que ni en esas fechas estaba muy concurrida. En el mejor de los casos, podían haber pasado horas antes de echarle el ojo encima a un automóvil.

—Bueno —dije, rascándome la nuca con gesto indeciso—. No

me queda otro remedio que llegar hasta la autopista. Allí sí que sobran coches.

Y ya iba a emprender la marcha, cuando me di cuenta de que tenía el bolso de la chica en las manos.

Lo abrí precipitadamente. Quizá podía hallar en él un indicio sobre su personalidad.

Examiné el interior del bolso con el interés que es lógico suponer. Había en el mismo los adminículos de tocador imprescindibles en una dama, aunque ella los necesitaba muy poco. Cigarrillos y un mechero de oro y esmeraldas, varios billetes de veinte dólares, moneda fraccionaria... ¡y nada más!

Rebusqué frenéticamente una y otra vez, sin poder encontrar nada que pudiera indicarme la menor pista tendente a averiguar, no sólo la identidad de la muchacha, sino también los motivos que habían tenido los pandilleros para asaltarnos en mitad del camino. Pero todos mis esfuerzos resultaron inútiles.

CAPÍTULO IV

Bill Penderley, el jefe de policía de Monahan City, me hizo una somera exposición de los hechos.

—Un tipo como Symington debía tener, sin duda, numerosos enemigos. Posiblemente, tantos como millones —comenté.

—Es cierto —concordó Penderley—. Y ya estamos investigando sobre todos los sospechosos. Sin embargo, nuestra labor por el momento no puede decirse que baya producido grandes frutos. Todos los interrogados han presentado hasta ahora sendas coartadas, las cuales, comprobadas, han resultado ser auténticas.

—¿Y Spillets? Recuerde que anunció que se evadiría de presidio y que mataría a Symington. Ha cumplido la primera parte de su plan. ¿Habrá conseguido la segunda?

Penderley sacudió la cabeza.

—No lo creo —contestó—. Spillets tiene una fisonomía inconfundible. Todos los accesos a la ciudad están estrictamente vigilados y no ha podido entrar por el momento. Francamente, no creo que haya sido el autor de la muerte de Symington.

—Cosa que no deploraré, estoy seguro de ello —manifesté—. Bien, ¿quiere darme una lista de los sospechosos y sus domicilios? Si le parece bien, los reinterrogaré por mi cuenta. Quizá yo pueda captar algún destalle que haya podido pasarse por alto.

—No es mala idea —aprobó Penderley.

Tomó un papel que había sobre la mesa y me lo entregó.

Guardé unos minutos de silencio mientras estudiaba los nombres escritos sobre el papel. Luego los anoté en mi agenda.

—Symington estaba casado —dije—. ¿Interrogaron a la viuda?

—Sí. Pero manifiesta que no oyó nada, que ya se había retirado a su habitación a descansar y que la biblioteca, donde se halló el cadáver de su esposo, está muy alejada, por cuya causa no pudo escuchar el estampido del disparo. Si ella no le mató —añadió mi

jefe—, la explicación no puede ser más lógica.

Guardé el papel en el bolsillo.

—¿Estuvo usted allí?

Penderley chasqueó los dedos.

—¿Cómo no? Menudo escándalo ha provocado la muerte de Symington. Los periódicos y la radio se están hinchando de hablar a voz en cuello sobre el asunto.

Me puse en pie.

—Bueno, vamos a la caza. A propósito, ¿ya sabe que me robaron el coche?

—¿Le robaron el coche? —dijo Penderley, con viva sorpresa—. Clarkson, me deja usted atónito.

—Como lo oye. —Y le relaté las circunstancias en que se había producido el hecho—. Convendría que fuesen a recoger el cuerpo de Buzzy y que, por otro lado, me hiciera alguna investigación acerca de Shim y su compinche. Éste iba herido en el hombro derecho, recuérdelo.

—Bien, lo haremos así, Clarkson. Pero ¡por el amor de Dios, haga algo por detener al asesino de Symington! De lo contrario, veo nuestros puestos en peligro. La Prensa y la radio pedirán nuestras cabelleras.

—Su puesto y su cabellera, jefe —dije áridamente—, no lo olvide. Y otra cosa, quiero carta blanca, ¿estamos? Luego no me venga con limitaciones legales ni zarandajas de ese estilo. Si quiere resultados, deje que haga las cosas a mi gusto, ¿comprende?

—Por supuesto, por supuesto. Tiene las manos libres en lo que a mi concierne, Clarkson.

—Gracias, jefe —dije, saliendo.

Pasé el día, tal como había dicho, reinterrogando a los sospechosos, todos ellos en mayor o menor grado relacionados con el difunto. Sólo al llegar la noche decidí hacer un alto en mi labor.

Entré en una cafetería y pedí un bocadillo y una taza de café. Mientras comía, pensé en los interrogatorios que había estado haciendo por la tarde.

Desde luego, cualquiera de las personas a quienes había entrevistado podía ser el asesino. Todos teman motivos de resentimiento contra Symington, y lo que es más, ninguno los había disimulado. Pero sus coartadas resultaban indestructibles y no se les

podía atacar por ese lado.

Recordé uno por uno a los interrogados. El primero era Benjamín Asher, negociante en terrenos, sinuoso, escurridizo. A la hora en que murió Symington estaba cenando con unos amigos en el «Kongo Club».

El segundo era Adam Vickers, abogado con una buena clientela. En un tiempo había defendido los intereses de Symington, pero luego éste lo había despedido, alegando, según Vickers, que no los defendía tan bien como el millonario hubiera deseado.

—Tenía ganas de entregar sus asuntos a un amigote suyo, un tal Farley Stopf, y se buscó aquel pretexto. Menos mal que ha muerto, de lo contrario, Stopf le habría llevado a la ruina —había manifestado Vickers, sin rodeos.

Su coartada consistía en haber permanecido en su despacho hasta las once y media de la noche, dictándole unas cartas a su secretaria. La secretaria había corroborado la afirmación de Vickers.

El tercero se llamaba Moshe Klopstein. Su bulbosa nariz no podía disimular su semítica ascendencia. Era dueño de un importante almacén de ropas de todo género. Symington había tenido intereses en el negocio tiempo atrás y había pretendido quedárselo por completo. Symington había sido un águila para los negocios, pero en éste se había dejado los dientes.

Klopstein no recordaba con agrado las luchas que había tenido que sostener para seguir adelante y todavía le crujían las mandíbulas cada vez que hablaba del asunto. Su coartada consistía en un programa de TV presenciado en compañía de su mujer, tres hijos mayores con sus correspondientes esposas y otros seis menores, todavía de poca edad para casarse.

El cuarto, en fin, era Joel Benson. Su profesión, corredor de comercio en gran escala. Había tenido relaciones comerciales con el muerto, pero luego habían discutido, y no plácidamente, desde luego, por un miserable uno por ciento que Symington pretendía obtener como beneficio. Benson lo había enviado al diablo seis meses atrás, y desde entonces, no se habían vuelto a ver. El recuerdo que Benson guardaba de Symington era detestable, y el agente de ventas no se recataba en ocultarlo.

—Por ganar un centavo, él, que tenía tantos millones, hubiera sido capaz de desnudar a la propia estatua de la Libertad con un

pico y una pala —comentó hirientemente—. No me alegro de su muerte, pero tampoco me quita el sueño. Si acaso, a Satanás, que no sabrá qué hacer con un tipo peor que él.

La coartada de Benson: dos billetes para el City Theatre acompañado de una mujer, una espléndida rubia, según palabras de mi jefe. La rubia había corroborado la afirmación, así como el acomodador del teatro. No todos los días se reciben billetes de cinco dólares por conducir a una pareja hasta sus butacas.

Éstos eran los que más parecían tener motivos para haber asesinado a Symington. Todos ellos habían tenido relaciones comerciales en un sentido u otro con el muerto, y todos habían salido con las manos en los pantalones para que no se les cayeran, ya que Symington les había quitado los tirantes. Pero sus coartadas eran intocables. Por lo tanto, no se les pedía acusar.

Aún quedaban dos posibles sospechosos. Uno de ellos era Spillets. Éste, sin embargo, no había llegado a la ciudad, por lo que su conceptualización como autor del crimen resultaba inútil. El segundo, en fin, era la propia viuda.

Consulté el reloj. Me pareció ya un poco tarde para ir a entrevistarme con la señora Symington. «Lo dejaré hasta mañana», me dije.

Terminé mi somera comida, aboné el importe y me dirigí al teléfono. Puse una ficha en la ranura y marqué el número del domicilio de Penderley, pues a aquellas horas era donde solía hallarse.

Lo encontré, en efecto, y le relaté cuánto Había averiguado. Penderley me escuchó atentamente y al responder, su tono indicaba el desaliento que lo poseía.

—Estamos casi dónde estábamos —gruñó—. Bien, siga con sus pesquisas, Clarkson.

—De acuerdo. Antes de colgar, una pregunta. ¿Qué hay de Spillets?

—Sin noticias, hasta el presente.

—Bueno —contesté.

Y ya iba a cortar, cuando Penderley me lo impidió.

—Clarkson, su coche ha aparecido.

—¡Vaya! —resoplé—. ¿Dónde, si puede saberse?

—A diez metros de la Jefatura. El agente que estaba de guardia

en la puerta de la misma dice que vio apearse a una mujer, que se metió luego en una tienda próxima. La mujer, bastante joven y bonita, según el agente, permaneció dentro de la tienda mucho rato. Yo calculo que debió salir sin que el hombre se diera cuenta y se alejó, dejando el coche allí. Luego, un policía de tráfico tomó nota para imponerle una multa por estacionamiento indebido, y entonces descubrimos que era el suyo.

—Bien, jefe. Supongo que la multa la abonará el Departamento de Homicidios, ¿no? ¿O prefiere que abone mi cuenta de taxis?

—¡Váyase al infierno! —rugió Penderley.

Colgué el tubo, encendí un cigarrillo y me marché a casa. Me desnudé, cambiando las ropas por un pijama, y luego me tendí en la cama, donde estuve leyendo una novela de Mickey Spillane y admirándome de las hazañas del famoso Mike Hammer y su habilidad para descubrir los más enrevesados crímenes, a la vez que para enamorar a las más estupendas mujeres. Cuando me cansé de tiros y besos, apagué la luz y me puse a dormir.

Mi sueño, sin embargo, no duró demasiado. Aún no habían dado las doce de la noche, como pude comprobar más tarde, cuando alguien me despertó y con no muy buenos modales.

CAPÍTULO V

Eran dos tipos, Shim uno de ellos. Al segundo no lo conocía, pero su aspecto era tan desagradable como el de su compañero. Y los dos me miraban por encima de los caños de sendas pistolas automáticas.

La luz, que habían encendido, me daba de lleno en los ojos. Parpadeé deslumbrado durante unos momentos. Luego me senté en la cama, mirándoles con gesto de pocos amigos.

—¿Y bien? —dije—. ¿Tienen permiso para interrumpir el sueño de cualquier pacífico habitante de Monahan City?

—El bolso —dijo Shim, secamente.

Puse cara de tonto. Mis amigos dicen que, cuando quiero, lo hago muy bien.

—¿Qué bolso? —pregunté.

—No se haga el desentendido —dijo Shim, de mal talante—. Demasiado sabe a lo que nos referimos.

—Buzzy lo tiene.

—Buzzy ha muerto por tenerlo, que no es lo mismo. Pero ahora está en su poder y lo queremos nosotros. Vamos, pronto, cochino polizonte.

Shim tenía aún la mandíbula morada a consecuencia del tortazo que le arreara el día anterior. Era evidente que el golpe le escocía y no sólo en lo físico.

—Repito que no lo tengo —insistí.

Trataba de ganar tiempo para sacudírmelos de encima. Enfrascado de lleno en la investigación de la muerte de Symington, no había vuelto a pensar en el dichoso bolso.

¿Contenía algo importante? En tal caso, ¿qué era? Lo había registrado, sin encontrar nada de particular. ¿Tenía algún compartimiento secreto que no había podido hallar? La insistencia de Shim en recuperarlo, así me lo hizo sospechar, de modo que

decidí conservarlo a toda costa.

Me recliné en la cabecera de la cama y crucé los brazos sobre el pecho, mirándolos desafiantemente.

—Adelante —dije—. Maten a un oficial de policía y el mundo se les caerá encima.

Shim sonrió desdeñosamente.

—¿Piensa que necesitamos matarle para conseguir lo que deseamos? Sujétale, Tootsie, y no le dejes moverse.

El llamado Tootsie dio unos cuantos pasos hasta situarse a mi costado izquierdo, apuntándome con la pistola a menos de un metro de mi cráneo. Le miré con el rabillo del ojo.

—Tootsie, hijito —dije, mientras Shim se lanzaba a registrar la habitación—, te has metido en un mal paso. Amenazar con una pistola a un oficial de la policía, no es el mejor medio para poder respirar el aire libre a pleno pulmón. ¿Comprendes lo que quiero decirte, pequeño bastardo?

—¡Cállese! —rugió el forajido, empezando a perder los estribos.

Shim se volvió hacia nosotros.

—Tootsie, déjalo que hable lo que le dé la gana. Si le haces caso, estás perdido.

—Éste es un sensato consejo, muy sensato, Shim —aprobé. Luego volví a mirar a su compinche—: Tootsie, mequetrefe, ¿cuántos centavos te pagan por hacerle el coro a tu amigote? Porque no creo que te paguen siquiera en dólares, ¿verdad?

El rufián apretó los labios. Estaba dispuesto a seguir el consejo de Shim a todo trance.

Traté de buscar un medio de salir de aquella situación. La pistola de Tootsie, como ya he dicho, estaba a un metro de mi cabeza. Mientras tanto, Shim continuaba hurgando por todos los rincones de mi habitación, sin haber hallado, hasta el momento, el menor rastro del bolso.

Shim gruñó entre dientes, perdiendo ya la paciencia, al parecer. Tootsie se distrajo levemente.

Fue una décima de segundo, pero suficiente para lo que yo quería. Las sábanas y las mantas de mi lecho volaron hacia el rufián, envolviéndolo de arriba abajo.

Sonó un disparo, muy apagado por las ropas. Tootsie retrocedió un paso, forcejeando con las sábanas que le impedían la visión, y al

hacerlo tropezó con una silla, y cayó patas arriba.

Shim se volvió como un rayo, lanzando una sonora imprecación. Para efectuar el registro había tenido que guardar la pistola, ya que necesitaba las dos manos libres.

Le tiré la almohada a la cara. Una almohada no causa daño, pero —hagan la prueba, por favor—, bien dirigida puede hacer vacilar y aun derribar a un hombre. Shim no cayó, pero perdió el equilibrio, y, con él, la iniciativa.

Me arrojé de un salto sobre él, en el instante en que se enderezaba de nuevo. Castigué su vientre y luego la mandíbula. Shim emitió un profundo ronquido y se quedó quieto.

Entonces me volví hacia Tootsie. Éste había conseguido desembarazarse de los ropajes que le estorbaban y se esforzaba por ponerse en pie, a la vez que levantaba la mano armada.

Le arrojé una silla y el tipo la esquivó con ágil salto. Luego me encañonó con el arma.

—No se mueva —dijo.

Obedecí en el acto. El ansia de matar se veía claramente en los ojos del rufián.

Levanté las manos lentamente. A mi lado, Shim se sentó en el suelo; oprimiéndose el vientre con ambas manos, a la vez que se quejaba lamentosamente.

Me vio inerte, y una expresión de furia apareció en sus ojos. Púsose en pie de un salto, y antes de que pudiera aperebirme de lo que iba a hacerme, levantó la rodilla y me la clavó en la ingle.

Un terrible dolor me sacudió la región afectada, obligándome a curvarme hacia adelante. Un puño explotó detrás de mi oreja y el suelo se acercó a mi cara con relampagueante rapidez.

Sin embargo, no perdí del todo el conocimiento. Momentáneamente, estaba sin fuerzas, pero podía ver y oír todo cuanto hacia la pareja de rufianes. Éstos se dedicaron a un saqueo sistemático del cuarto, sin poder encontrar el bolso, a pesar de sus denodados esfuerzos.

Shim empezó a jurar como un poseído al darse cuenta de que el bolso no aparecía. Entonces reparó en que me hallaba consciente y empezó a patearme las costillas.

—¡Cochino polizante! —dijo, loco de rabia—. ¡Contesta de una vez! ¿Dónde está ese maldito bolso?

Traté de cubrirme de los golpes que caían sobre mi cuerpo con singular profusión. Pero todo era inútil. El rodillazo en la ingle había disminuido casi totalmente mi capacidad de defensa, y salvo respirar y quejarme, apenas si podía hacer otra cosa.

—Basta —dijo Tootsie, de pronto—. Shim, es un policía. Si sigues así, se nos echarán encima todos sus compañeros y no lo pasaremos muy bien que digamos.

Los ojos de Shim arrojaban fuego.

—¡Me importa un rábano! —gritó, exasperado—. Yo lo que quiero es el bolso, ¿me oyes?

—¡Qué casualidad! —exclamó una voz en aquel instante—. Yo también quiero el bolso. ¡Quietas las manos, gorilas!

Levanté un ojo. La chica de la carretera estaba allí y apuntaba a la pareja de individuos con una pistola de pequeño calibre, pero tan mortífera como una de las grandes.

Me miró con innegable simpatía.

—Hola, teniente —dijo—. Siento lo que le está sucediendo por mi culpa, pero no pude venir antes. De lo contrario, quizá podríamos habernos evitado este disgusto.

—El disgusto es mío —jadeé, sentándome penosamente en el suelo.

Los costados me ardían y el vientre me parecía lleno de piedras al rojo vivo.

—Lo comprendo —murmuró ella. Luego miró a los forajidos—. Tiren las armas y lárguense de aquí inmediatamente.

—¡Qué! —chillé, poniéndome en pie de un salto, a pesar de mis dolores—. ¡Y un cuerno se van a ir estos tipos de aquí, así, tan tranquilamente, después de la paliza que me han propinado! Ni lo sueñe, señorita.

—Se irán —dijo ella, con voz tranquila—. Vamos, bastardos, las armas al suelo.

Shim recordaba la puntería de la chica, y seguramente se lo había contado también a Tootsie, por lo que ninguno de los dos se atrevió a rechistar. Las armas cayeron al suelo con ruido metálico.

—Largo —dijo ella.

Shim y Tootsie obedecieron en silencio. Lo único que podían hacer era mirarla con expresión de odio impotente, pero eso no parecía importarle demasiado a la muchacha.

Al quedarnos solos, dio media vuelta a la llave de la puerta y se enfrentó conmigo, utilizando la mejor de sus sonrisas.

—Son dos tipos sin importancia, teniente —dijo, dulcemente—. Ya tendrá, ocasión de topárselos por ahí.

—Supongo —contesté, mientras buscaba una botella de licor para confortarme un poco—, que no obran por su cuenta. Conozco a los tipos de esa estofa y sé que actúan al servicio de quien les paga. Pero precisamente me interesaba conocer la identidad de esa persona.

—Y a mí me interesa que usted me entregue el bolso —dijo ella—. Naturalmente, no iba a permitir que tal entrega la hiciera usted en presencia de esa pareja de gorilas.

—Entonces, ¿por qué no esperó ayer a que yo subiera del barranco? —pregunté de mal talante.

La chica volvió a sonreír.

—Porque sabía que lo traería a su casa. ¿Estoy en lo cierto?

—Está —dije de mala gana—. Pero si piensa que voy a entregarle el bolso, sin saber antes lo que contiene, está apañada.

La chica vestía un abrigo tres cuartos de lanilla rojo vino, dotado de amplios bolsillos. Guardó la pistola en uno de ellos y se despojó del abrigo, quedando con un ceñido vestido negro, sin mangas, que modelaba prietamente su escultural figura. Las piernas estaban envueltas en seda, y sus menudos pies encerrados en unos zapatitos de brillante charol negro de altísimo tacón. Su cabello, deslumbrante en su negrura, estaba sujeto en la nuca por una especie de peineta de cierto airé español, todo lo cual prestaba un singular encanto a su rostro.

Se alisó la falda con ambas manos, a la vez que, mirándome con picardía, respiraba profundamente, haciendo resaltar la generosa curva de su seno joven y rotundo.

—¿Verdad que me dará el bolso? —dijo, avanzando hacia mí con paso cimbreado.

—Si cree que recurriendo a ciertas argucias —dije, renuente—, va a conseguir de mí lo que desea, se equivoca, señorita.

—¿De veras? —dijo ella, con voz insinuante, cariciosa.

Me agarró de repente la cara con ambas manos y estampó en mis labios un beso húmedo y jugoso, que provocó en mi cabeza una flotabilidad que no había conocido hasta entonces. Se separó

ligeramente y volvió a mirarme con incitante sonrisa.

—¿De verdad que no quiere decirme dónde tiene el bolso?

—¡No! —exclamé secamente, separándome de ella de un salto, antes de permitir que la cosa pasara a mayores. No porque no me hubiese agradado lo sucedido hasta entonces, sino porque no quería ceder en manera alguna en la cuestión del bolso.

El desencanto se pintó en su lindo rostro. Puso la boquita en O mayúscula.

—¡Oh! —dijo.

Estuvo así unos instantes. De pronto, dio media vuelta y recobró su abrigo.

Mientras se lo ponía, me miró con expresión resignada.

—Me deja muy desilusionada, teniente —replicó.

—Lo siento —contesté fríamente. Avancé hacia ella—. Pero no tenga tanta prisa, preciosa. Antes de que se vaya, es preciso que hablemos de muchas cosas. ¿Cree que puedo dejarla ir después de lo sucedido?

—No hablaré —dijo, con tono resuelto.

—Hablará. Aquí o en la Jefatura, elija —respondí con el mismo tono.

Ella se mordió los labios.

—¿Por qué empeñarnos en ser enemigos, teniente? —preguntó, de pronto. Volvió a acercárseme y a colgarse de mi cuello—. Nunca me han gustado las discusiones en ese tono —murmuró.

—No trate de buscarme las cosquillas —refunfuñé.

Pero ella volvió a aplastar sus labios contra los míos, cortándome el habla sin permitirme continuar.

Empecé a dejarme arrastrar por las circunstancias. Sin darme cuenta de lo que hacía, pasé ambos brazos por el delgado talle de la muchacha. Ella oprimió su cuerpo contra el mío, con fuerza.

Y entonces, me cayó una bomba atómica en la cabeza.

CAPÍTULO VI

Mientras me dirigía a la mañana siguiente en dirección a la residencia de los Symington, pensé, amargamente en el conocido refrán de que el hombre es el único animal que tropieza dos veces con la misma piedra. Mi piedra, en aquel caso, era una hermosa muchacha morena, cuyo nombre y demás circunstancias ignoraba, pero que había conseguido burlarme por dos veces, además de, en la segunda de dichas ocasiones, conseguir lo que deseaba: el bolso.

Ahora comprendía por qué había huido desde la carretera, De esta forma, sé había evitado preguntas enojosas, y así, al mismo tiempo, había garantizado el transporte del bolso, como efectivamente sucedió.

Esto significaba una cosa, mejor dicho, dos. Primero, la chica era lista como ella sola. Y segundo, el bolso contenía algo importante cuyo contenido no quería fuese revelado. ¿Qué era aquello tan importante? ¿Por qué no deseaba su divulgación?

La cabeza me dolía y no precisamente por el golpe que ella me había asestarlo tan traicioneramente con la pistola. Pero hube de dejar todas mis preocupaciones a un lado al encontrarme frente al imponente mayordomo que me recibió en la entrada de la mansión del muerto.

Le enseñé mi placa y mi tarjeta.

—Teniente David Clarkson, del Departamento de Homicidios. Haga el favor de anunciarme a la señora Symington.

—Muy bien, señor —dijo el mayordomo, echándose a un lado.

Me condujo a una salita amueblada con la misma pobreza que habría empleado un rajá de la India, en los buenos tiempos, y me indicó aguardara allí, no sin haberme servido, después de conocer mis gustos, un vaso de buen *whisky*.

Esperé unos momentos. No tardé en oír unos pasos femeninos, según indicaba el mesurado taconeo que se acercaba a la salita.

La puerta se abrió, y la viuda Symington cruzó el umbral. Hube de contener el instintivo silbido que estuvo a punto de escaparse de mis labios al ver a aquella espléndida mujer delante de mis ojos.

Era alta y rotunda como una walkyria, de cabello rubio y ojos muy azules, aunque su hermoso rostro tenía en aquellos momentos una expresión de dolor que se reflejaba en los profundos círculos violáceos que rodeaban sus hermosas pupilas. Vestía enteramente de negro, con la única concesión de un valioso collar de perlas de cuatro vueltas en torno a una garganta de cisne.

Al acercarse más, vi que ya no era una jovencita, pese a lo cual podía volver locos a muchos hombres con sólo un leve parpadeo. Calculé su edad en unos treinta y seis peligrosísimos años, magníficamente llevados sin gran esfuerzo de afeites ni dietas.

La saludé con una leve inclinación de cabeza.

—¿Señora Symington? Soy el teniente Clarkson, del Departamento de Homicidios. —Le enseñé mi tarjeta y la placa, que ella examinó superficialmente—. Lamento tener que importunarla de nuevo, pero es preciso en las actuales circunstancias.

—Comprendo su posición y la disculpó, teniente —dijo con voz suave y cálida. Me señaló una silla con una mano perfectamente cuidada—. Por favor.

Esperé a que se hubiera sentado ella. Ruth Symington, se estiró la falda del severo traje que vestía, sin lograr cubrir del todo sus hermosas rodillas, y me miró con interés.

—¿Sí, teniente? —dijo.

—Mis compañeros la han interrogado a usted, señora —dije—. Pero yo estaba ausente en el momento en que... Bien, cuando se produjo tan desagradable suceso. Y el jefe del Departamento me ha encargado a mí del caso, por lo que, pidiéndola perdón una vez más, me veo en la precisión de interrogarla de nuevo.

—Adelante, teniente —dijo ella, con leve sonrisa—. No se preocupe por mí en absoluto. Mi mayor interés, en estos momentos, es cooperar a la acción de la justicia, con el fin de que sea hallado cuanto antes el asesino de mi querido Reuben.

—Mil gracias, señora.

Y me lancé directamente al asunto, ametrallándola durante un cuarto de hora con incesantes preguntas, a las cuales ella contestó sin la menor vacilación.

Cuando terminé, me dije que ya poco me quedaba por saber. Únicamente conocer el escenario del crimen, a lo que ella se mostró dispuesta en el acto.

Nos pusimos en pie y salimos de la estancia. Cruzamos el amplio vestíbulo, entrando en la biblioteca, que se hallaba en el lado opuesto.

La biblioteca era una estancia enorme, con libros por todas partes, ordenadamente colocados en sus estantes. Había una enorme mesa en el centro, dos butacones delante de ellos, y en uno de los lados, desprovisto de estantes para libros, una gran chimenea, con una piel de oso delante y un par de divanes a los costados.

Había visto las fotografías del muerto, y sabía que éste había sido hallado al pie de la mesa, con un balazo en la nuca. La bala era de calibre 38, y los expertos habían dictaminado se trataba de una pistola de procedencia europea, muy posiblemente española. En el momento actual, la bala homicida había sido remitida al laboratorio de balística del

F. B. I.

con el fin de concretar exactamente el arma de donde había salido.

—Según tengo entendido, las ventanas estaban cerradas herméticamente, así como la puerta —dije.

Ella respiró profundamente.

—Sí. Al menos, así las encontró Lucas, el mayordomo, que fue quien entró en la biblioteca a la mañana siguiente.

—Si estaba la puerta cerrada, ¿cómo pudo entrar?

—Lucas se extrañó de tal detalle —contestó Ruth Symington, sin inmutarse—. Vino a decírmelo y yo también me extrañé, por supuesto.

—Es raro —murmuré—. El crimen se descubrió a las siete de la mañana. ¿Es que usted no se dio cuenta de que su esposo no subía a la habitación conyugal?

—No.

—¿Por qué no se extrañó? ¿Tenía su esposo la costumbre de quedarse la noche entera trabajando en la biblioteca?

—En absoluto.

—Entonces, usted tendría que haber notado su falta. ¿Acaso tiene el sueño pesado, señora Symington?

Ella enrojeció de pronto, a la vez que su respiración se alteraba

un tanto.

—Teniente —dijo con acento vacilante.

—¿Sí, señora Symington?

La viuda volvió de pronto las espaldas. Su mano se apoyó contra la mesa.

—Hacía tiempo —dijo con voz turbada— que Reuben y yo ocupábamos habitaciones distintas.

Agucé el oído. Aquello era nuevo para mí. Penderley no me había manifestado nada al respecto.

—¿Puedo saber cuánto tiempo hacía que llevaban vida separada, señora Symington? —inquirí.

—Sí, unos seis meses.

«Seis meses», repetí *in mente*. ¿Por qué no se lo había dicho a los primeros investigadores?

—¿Y las causas? —Seguí.

Ella giró de repente, enfrentándose conmigo.

—Lo siento —dijo, secamente—. Eso es un asunto íntimo, con el cual la policía no tiene nada que ver.

—Creo que se equivoca, señora Symington —dije, suavemente—. La policía siente un vivo interés por todo cuanto puede tener relación, de cerca o de lejos, con un asesinato.

—¿Y cómo saben ustedes que fue un asesinato y no un suicidio? —declaró Ruth Symington, agitadamente—. Reuben estaba encerrado a piedra y lodo en la habitación. Nadie pudo entrar aquí, sino él mismo.

—Teóricamente, es cierto, señora —respondí—. Pero todavía estoy por ver al primer suicida que se mata de un tiro en la nuca. ¿Cómo entraron usted y el mayordomo aquí, si la puerta, como dice, estaba cerrada con llave?

—La forzamos —contestó ella, ya más serenada.

Miré en torno mío, bastante desconcertado, todo hay que decirlo. Suicidio no había sido, por supuesto. Pero entonces, ¿por dónde diablos había entrado el asesino?

—¿Puedo examinar la mesa? —pregunté.

—Desde luego —respondió ella.

Pasé al otro lado y empecé a mirar cuidadosamente los menores recovecos del mueble, sin encontrar nada sospechoso que pudiera ayudarme en mis investigaciones.

Cuando ya iba a dar por terminado el registro, vi la esquina de un papel que asomaba por debajo de un pesado sujetalibros, el clásico elefante que topa su frente con otro congénere, para mantener entre los dos varios volúmenes.

Pero en aquella ocasión, el elefante estaba solo, lo cual significaba que había sido utilizado como simple pisapapeles. La figura era de bronce, y el pie de mármol veteado de oscuro. El papel estaba bajo el mármol y apenas si sobresalía un centímetro por debajo del mismo.

Levanté el objeto y tomé el papel, encontrando en él una serie de cifras escritas con tinta roja.

Eran éstas:

- I. —23, 13, 6
- II. —41, 26, 4
- III. —10, 2, 2
- IV. —4, 5, 13
- V. —19, 2, 1
- VI. —14, 1, 8

Me rasqué la cabeza, hecho un puro lío. Aquel conjunto de cifras romanas y arábigas resultaba completamente indescifrable. ¿Se trataría, acaso, de la clave de algún cofre fuerte?

Las palabras de Ruth Symington desecharon esta suposición casi al instante.

—Reuben no tenía nunca documentos importantes en casa. De ello se cuidaba su abogado.

—¿Farley Stopf? —pregunté.

—El mismo.

—¿Y dinero?

—Tampoco. Solamente lo necesario para los gastos más imprescindibles de la casa. Si se presentaba alguna emergencia, Reuben extendía un cheque. O —añadió Ruth, con una sonrisa descolorida— le bastaba telefonear para que inmediatamente le anotasen tal gasto en su cuenta.

Moví la cabeza con gesto admirativo. Así da gusto vivir, ¡qué diablos! y no con el mísero sueldo de un oficial de policía.

Estudí una vez más la hilera de números, sin poder hallar en

ella nada de particular, excepto que el grupo marcado con el número uno en cifra romana estaba tachado con un grueso trazo negro. Pero las cifras se leían claramente. ¿Qué rayos significaba aquella clave?

—Me gustaría guardarme el papel, señora —dije.

Ella asintió con leve gesto.

Puesto que no tenía nada más que hacer allí, salí de la biblioteca, deteniéndome, no obstante, unos segundos en el vestíbulo.

—Antes de marcharme, señora, quisiera hacerle la última pregunta.

—Usted dirá, teniente.

—¿Conoce personalmente a algún posible enemigo de su difunto esposo?

—No —contestó, con voz reposada.

—¿Está segura? Un tal Fargo Spillets juró matarle. Es imposible que usted no haya oído hablar del caso.

Enrojeció levísimamente.

—Sí, pero siempre lo consideré como la baladronada de un hombre a quién han sorprendido cometiendo un importante desfalco. No, personalmente estimo que no es Spillets el asesino de Reuben.

—Mil gracias, señora —contesté.

Saludé y me marché.

CAPÍTULO VII

Farley Stopf, el abogado que manejaba, mejor dicho, había manejado los intereses del difunto Symington, era el tipo clásico del *bon vivant*. De mediana estatura, complexión recia, rostro rubicundo y labios continuamente inclinados a la risa, parecía mejor un benévolo y jocundo *chef de cuisine*, que un sagaz abogado, dotado de uno de los mejores cerebros, en lo que a materias legales respecta, de la ciudad.

Me recibió muy amable y campechanamente, estrechándome la mano con gesto voluble y ancha sonrisa. En su despacho había un aparador con un excelente surtido de licores e incluso una diminuta refrigeradora acoplada con el único fin de producir cubitos de hielo. Sacó cigarros, cigarrillos, vasos y soda, y preparó en unos momentos dos bebidas, con la rapidez y limpieza del más acreditado de los *barmen*.

Una vez hube tomado los primeros sorbos de un legítimo *whisky* escocés y prendido fuego a un cigarrillo entré en materia.

Después de unas cuantas preguntas, hice la que yo estimaba capital.

—¿Qué tal marchaban los asuntos económicos de Symington?

—¡Bien!

La contestación de Stopf no pudo ser más rotunda. Hice un gesto de incredulidad.

—Tengo informes que señalan todo lo contrario, señor Stopf —objeté.

El abogado enarcó las cejas. Luego se echó a reír.

—¿De veras? ¿Puede saberse quién es el gahnápiro que le ha dado semejantes informes?

—Los policías no solemos ir por allí pregonando los nombres de las personas que nos hacen confidencias, pero en esta ocasión haré una excepción, señor Stopf —contesté—. Se llama Adam Vickers.

—¡Vickers! —resopló el abogado despectivamente—. Estaría mucho mejor picando piedra para las carreteras que dentro de un bufete. Así le lucía el pelo cuando defendía los intereses del pobre Reuben.

—Vickers opina lo mismo con respecto a usted —declaré sin pestañear.

—Le desafío a que me lo pruebe —dijo Stopf, sulfurándose—. Ustedes, en la policía, tienen peritos contables. Pues bien, envíe uno, dos, los que le parezcan; tendré mucho gusto en someter mis libros, los que se relacionan con los asuntos de Symington, por supuesto, a la inspección de esos peritos. —Sonrió de nuevo—. No tengo nada que temer en ese sentido. Es más, la viuda, Ruth Symington, me ha otorgado plenos poderes para continuar representándola. Eso le dará una idea de la confianza que Reuben tenía en mí. No sólo era su abogado, sino su mejor amigo.

Agarré la ocasión por los pelos.

—Entonces —dije como al descuido—, quizá sepa usted por qué el matrimonio dormía en habitaciones separadas desde hacía unos seis meses.

La sonrisa se borró instantáneamente en los labios del abogado.

—Es la primera noticia que tengo sobre el particular —dijo con voz helada, lo cual me indicó que mentía bellacamente.

—¿De veras? —pregunté con sorna—. ¿No era usted tan amigo de Symington? Un hecho semejante indica desavenencias en el matrimonio y para un hombre como usted, tales desavenencias no podrían haber pasado inadvertidas.

—Lo siento —contestó en el mismo tono—; es la primera noticia que tengo sobre el particular. Según para qué cosas, Reuben era estrictamente reservado.

—Ya —dije fingiendo aceptar como buenas sus palabras—. Y de Spillets, ¿qué me dice usted?

—Le desfalcó a mi amigo cerca de doscientos mil dólares. Los quince años que le pusieron de cárcel son pocos; debían haberle echado al menos el doble —dijo Stopf con acento que cuadraba muy poco con su aspecto jocundo.

—Usted tiene que estar enterado del asunto. ¿Opina que Spillets fue culpable?

—Ya me ha oído, teniente. Por otra parte, el jurado aceptó como

buenas las pruebas presentadas por el fiscal.

—¿Y usted creyó en esas pruebas?

—Le he manifestado mi opinión sin ningún género de dudas. Spilletts fue culpable. Sobre esto no tengo nada más que decir.

—Gracias. Y ahora, una última pregunta, señor Stopf. —Saqué el papel con las cifras que había encontrado en el despacho de Symington y se lo enseñé—: ¿Ha visto usted esto antes de ahora?

Stopf tomó el papel con la mano y se caló las gafas para leerlo. Permaneció unos momentos contemplándolo con suma atención y luego me lo devolvió.

Se quitó las gafas.

—No —expresó rotundamente—; nunca lo había visto hasta este momento.

—¿No se tratará de la clave de una caja de caudales?

—En absoluto, teniente.

—¿O de una clave comercial? Los hombres de negocios, usted lo sabe, a veces envían telegramas cifrados a sus agentes, con objeto de evitar posibles infiltraciones que puedan beneficiar a la competencia.

—Pudiera ser —contestó el abogado con una mueca—, aunque lo dudo. De todas formas, no entiendo qué es lo que quiere decir ese grupo de cifras.

Doblé cuidadosamente el papel, que era del tamaño de media cuartilla, y me lo guardé en el bolsillo superior de la chaqueta.

—En ese aspecto —dije, mientras me ponía en pie—, estamos los dos iguales, señor Stopf. Gracias por haberme soportado a costa de su precioso tiempo.

—Para mí ha sido un gran placer, teniente —declaró el abogado estrechándome la mano—. Todo cuanto se haga para descubrir al asesino del pobre Reuben merece mi más completa aprobación. Lo único que deseo es que lo encuentren cuanto antes.

—Trataremos de hacerlo —contesté.

Cuando salí del despacho de Stopf me hallaba convencido de dos cosas: una, que estaba enterado perfectamente de los motivos que habían motivado la separación íntima de los esposos Symington, y otra, que tenía cierta inquina contra Spilletts, derivada Dios sabía de qué causas. A pesar de que no había tenido intervención alguna en el caso del desfalco, lo que había oído me hacía sospechar que el

infeliz Spillets había sido objeto de alguna maquinación diabólica con objeto de enviarle a la cárcel por quince años. Pero este alejamiento debía tener algún motivo.

¿Cuál? El diablo lo sabía, acabé resolviendo, enormemente disgustado. Porque mis investigaciones apenas si adelantaban nada, pese a mis esfuerzos.

Cuando terminé eran las cuatro y media de la tarde. Busqué un teléfono y llamé a mi jefe.

—Habla Clarkson —dije.

—¿Alguna novedad? —inquirió Penderley ansiosamente.

—Ninguna —contesté con acento de derrota—. Bueno, sí, he encontrado una cosa que puede darnos algún día una pista... si conseguimos descifrarla.

—¿De qué se trata? —preguntó Penderley.

—Es un grupo de números. Algo así como una clave, pero no entiendo qué diablos pueden significar. ¡Oiga! —exclamé de pronto—. Me parece recordar que el sargento Miles estuvo en la guerra en una sección criptográfica del Estado Mayor de la Armada. ¿Por qué no me lo envía a las ocho a mi casa? Quizá entre los dos pudiéramos conseguir algo.

—Es una buena idea —aprobó mi jefe—. Le ordenaré que acuda, Clarkson.

—Aún tengo que decirle más. Hace aproximadamente seis meses que los esposos Symington dormían en habitaciones diferentes. ¿Lo sabía usted?

—No, por todos los santos —exclamó Penderley.

—Bien, pues me lo dijo ella misma esta mañana. Sería conveniente que hiciese usted algunas averiguaciones, muy discretas, por supuesto, entre la servidumbre, para ver si se puede conseguir saber cuáles eran las causas de tal separación. Es extraño que no lo hayan dicho en los primeros interrogatorios.

—Sí, claro —murmuró mi jefe pensativamente—. Lo haremos así, Clarkson. Ésa es una buena noticia. Continúe, continúe —me alentó—; creo que el *Herald* de esta tarde va a publicar un editorial incendiario contra nosotros.

—Dígale a su editor que, como insista en seguir así, iré a verle, le arrancaré las orejas y se las haré comer sin aliñar. —Y colgué.

Como aquella tarde no tenía nada que hacer, me dirigí

lentamente a mi casa, rumiando sobre todo cuanto había averiguado aquel día. La casualidad encaminó mis pasos de tal forma que hube de cruzar por delante del edificio donde Adam Vickers tenía montado su bufete.

Cuando estaba a punto de llegar a la puerta, vi salir una mujer del edificio. El corazón se me paró de pronto.

—¡La morena! —exclamé, deteniéndome aturdido por el inesperado hallazgo.

Ella no advirtió mi presencia y continuó su camino con andares fáciles, de zancada larga y femenina no obstante. Llevaba en la mano un bolso negro, que reconocí al momento.

Caminando rápidamente, me situé casi a su altura, un paso por detrás de ella. Entonces alargué la mano y le quité el bolso con rápido tironazo.

La chica se volvió velozmente, con la indignación pintada en su lindo rostro. Pero aquella expresión desapareció casi en el acto al reconocirme.

—¡Teniente Clarkson! —exclamó con la mejor de sus sonrisas—. ¡Qué alegría verle! ¿Se encuentra bien?

Agarré su brazo y eché a andar con ella.

—Vamos a Jefatura —dije, ceñudo—. Allí aclararemos el misterio del bolso.

—Teniente, me está dando miedo —dijo ella con fingido susto—. ¿Me someterá al tercer grado?

—La someteré a... ¡narices! Quiero que me cuente usted muchas cosas, ¿me oye?

—¡Oh, claro que sí! —dijo con dulzura—. Le contaré todo lo que quiera. ¿Es que padece de insomnio?

—Padezco de rayos coronados —repuse con muy mala educación, lo cual parecía divertirla grandemente.

Mientras caminábamos, ella hablaba y hablaba sin cesar, hasta el punto de que empezó a dolerme de nuevo la cabeza. De pronto, la chica se paró al borde de la acera. El semáforo acababa de marcar luz roja.

Esperamos unos segundos. Súbitamente, ella exclamó:

—¡Teniente, mire! ¡Es Shim, el pistolero!

Volví la cabeza un instante. Esto fue suficiente. Pegó un tirón y se desasíó de mí, lanzándose a la calzada, desafiando el riesgo que

suponía cruzar con el paso cerrado.

—¡Deténgase! —aullé, echando a correr tras ella y maldiciéndome por haber caído en una trampa tan burda—. ¡Alto! ¡Párese o...!

¿O qué? ¿Iba a empezar a tiros con la chica en una de las arterias más concurridas de Monahan City?

Un coche se paró a escasos centímetros de mis rodillas con agudo gemir de frenos. Otro, que venía detrás, le embistió, haciéndose polvo el parachoques. Un tercero empezó a hacer sonar el claxon como si vinieran los aviones rusos. Y, en fin, el policía que estaba de facción en el cruce, empezó a tocar el pito desaforadamente.

Los conductores empezaron a insultarme. El guardia de la circulación se me arrojó encima con furia. Total, que cuando pude deshacerme del lío, la chica había desaparecido.

No me dio rabia el que se me hubiera escapado, sino la juerga que debía estar corriéndose a costa de mi estupidez, porque ni siquiera el bolso que me había quedado en la mano era el mismo que me arrebatara tan traidoramente la noche anterior.

CAPÍTULO VIII

Eran ya las tres de la mañana. Puse la bandeja sobre una mesa y dije:

—Venga acá, Miles, y deje por unos momentos esa condenada clave.

El sargento se puso en pie, desperezándose con gesto cansado. Bostezó y luego se acercó a la bandeja, de la cual tomó un emparedado y una taza de humeante café.

—No he visto en mi vida nada parecido —dijo, con el ceño fruncido—. Estuve en el Pacífico durante la pasada guerra, y las claves de los marinos japoneses eran juegos de niños comparados con esta que traigo entre manos.

Arrojé una mirada melancólica a la mesa atestada de papeles que había a un lado de la habitación. La atmósfera estaba llena de humo como consecuencia de los innumerables cigarros que nos habíamos fumado Miles y yo, en tanto procurábamos desentrañar el misterio de aquella clave escrita con tinta roja sobre un trozo de papel blanco.

—Supongo —continuó el sargento—, que debe tratarse de alguna especie de comunicación entre dos personas que no tienen interés alguno en que sus relaciones sean conocidas por los demás.

—A mí me parece más bien que se trata de un grupo de mensajes dirigidos a distintas personas —sugerí—. Fíjese que cada grupo de cifras arábigas lleva como ordinal una romana. Y que la que indica el número uno en la relación esta tachada con tinta negra.

Miles se mordió los labios pensativamente.

—Es posible —concordó—. En tal caso, el trazo negro significaría que el primer mensaje había sido ya enviado a su destino.

—Si —aprobé muy pensativo. Y en aquel momento, antes de que

podiera agregar una sola palabra más, sonó el teléfono.

Miles estaba más cerca del aparato y lo tomó. Escuchó atentamente durante unos segundos y luego me lo pasó.

—Para usted, teniente —dijo.

La voz del jefe, Penderley sonó estridentemente a través del auricular.

—¡Clarkson! ¡Véngase para acá inmediatamente!

—¿Dónde está usted?

—En casa de Benjamín Asher. Acaban de descubrir su cadáver.

Miré el auricular con expresión de asombro. ¡Asher, muerto!

—Hay más todavía —tronó Penderley—. Los agentes que acudieron a una llamada anónima que se recibió denunciando el asesinato, encontraron un papel con un grupo de cifras que parece una clave.

¡Una clave! Todo mi cuerpo se sintió como sometido a la acción de una descarga eléctrica.

—Muy bien —contesté—. Dentro de quince minutos estoy ahí, jefe. —Colgué y miré a Miles—: Han asesinado a Benjamín Asher y le han encontrado una clave análoga a esta que tenemos.

El sueño que aparecía en los ojos del sargento se esfumó en el acto.

—Vamos, teniente —fue todo lo que dijo.

Nos pusimos las chaquetas y salimos a escape hacia la casa de Asher, cuya dirección guardaba yo en mi libreta de notas.

Tal como había prometido, llegamos allí un cuarto de hora más tarde. El conserje nos acompañó oficiosamente hasta el piso décimo primero que era donde había residido el muerto, lamentándose agudamente del percance sufrido por un caballero tan bondadoso y tan caritativo, etcétera, etcétera. Escuché vagamente el panegírico que hacía el conserje del muerto, porque toda mi atención estaba centrada en el papel hallado por los detectives.

Entramos en el apartamento de Asher. Éste se hallaba tendido en el suelo de su dormitorio, con dos balazos en el pecho. No había desorden alguno, ni la más insignificante señal de lucha, id cual quería decir que el asesino había sido conocido de Asher. O bien lo había sorprendido sin darle tiempo a pelear por su vida.

Penderley estaba nerviosísimo. No hacía más que pensar en la Prensa y lo que ésta diría al día siguiente. Traté de calmar sus

aprensiones y luego tomé el papel que uno de los detectives me entregaba.

Era una copia exacta del que yo había encontrado en el despacho de Symington. Con una sola diferencia.

Había un trazo negro que cruzaba el grupo de cifras encabezado por el número dos en romanas.

La consecuencia que obtuve al ver aquel papel era obvia. La muerte de Benjamín Asher era el segundo eslabón de una cadena de asesinatos que estaba por cometerse.

¿Quién sería el tercero?

Cuando le comuniqué mis sospechas a mi jefe, uno de los agentes tuvo que traerle una silla para que se sentase, pues las piernas se negaban a sostenerle.

—¡Dios de Abraham! —exclamó—. ¡Una cadena de asesinatos!

—Así es —recalqué—. Y mi preocupación ya no es tanta por los muertos, sino por los que pueden morir. ¿Quién será el tercero?

—El tercero —repitió Penderley con voz opaca.

Blandí el papel con gesto resuelto.

—Esta clave es absolutamente idéntica a la que encontré en el despacho de Symington. El grupo número uno estaba tachado con tinta negra y Symington había muerto. Ahora, el grupo número dos está tachado, también con tinta negra, y Asher ha sido asesinado.

Hice una corta pausa.

—El grupo número tres en caracteres romanos corresponde a los grupos de cifras compuestos por un diez, un dos y otro dos. Esto significa, a mi modo de ver, un nombre de persona. ¿Qué persona es?

—Tendremos que movilizar todas las fuerzas —dijo débilmente, mi jefe.

—¿A quién piensa proteger? ¿A los ochenta y cuatro mil habitantes de Monahan City?

—Pero es que cuatro más van a morir —exclamó Penderley.

—Ya lo sé —dije con acento sombrío—. Hay cuatro vidas en la lista de un asesino. ¿Cuáles son los dueños de esas vidas?

Penderley no supo qué contestarme.

Me enfrenté con el sargento Beatty, que era quien llevaba el peso de aquella investigación.

—¿Ha visto el conserje salir a algún sospechoso del edificio?

—No, todos los que han entrado y salido son personas conocidas, según él.

—Que vaya un agente y que tome nota de todos cuantos hayan entrado y salido del edificio dos horas antes y dos después de la de comisión de crimen.

—Sí, señor.

—Cuando tenga esa relación, utilice todos los hombres precisos y someta a interrogatorio a todo el mundo. No le importe su categoría social ni las razones que aleguen ni la hora que sea. Que los interroguen a fondo, anotando cuidadosamente las respuestas, sin omitir el menor detalle. Cualquier cosa, por ínfima que sea, puede conducirnos a la detención del individuo. Tenga en cuenta que ya han muerto dos prominentes ciudadanos de Monahan City y que cuatro más están señalados en lista. Es absolutamente necesario impedir que sigan cometiéndose más crímenes.

—Entendido, señor.

Luego me volví hacia el criptógrafo.

—Usted, Miles, dedique todo su tiempo, exclusivamente, al descifrado de la clave. Sabemos que el primer grupo de cifras se refería a Symington y el segundo a Asher. Es preciso hallar el tercero antes de que sea demasiado tarde.

—De acuerdo, teniente —contestó Miles. Tomó el papel que le entregaba y se marchó.

Estuve allí todavía largo rato, hasta que se dieron por concluidas todas las pesquisas, sin que ni de lejos se hubiera podido sospechar siquiera quién había sido el autor del crimen.

Rendido, exhausto, regresé a casa, dispuesto a meterme en la cama y dormir al menos hasta las dos de la tarde. Era ya de día claro y el sol brillaba esplendorosamente en lo alto del cielo.

Apenas hube abierto la puerta de mi apartamento, supe que había un intruso en el mismo. Sin embargo, no me molesté siquiera en sacar la pistola.

Una persona que entra subrepticamente en una casa ajena y empieza por freír huevos con tocino y hervir café, no puede acudir nunca con intenciones homicidas.

CAPÍTULO IX

Después del succulento desayuno que la chica había preparado, encendí un cigarrillo y me acomodé mejor en la silla, mirándola con aire benigno.

—Renunció ya a preguntarle nada —dije—. No quiero saber cómo se llama, ni qué es lo que pretende, ni lo que contenía ese malhadado bolso. Si quiere, me lo cuenta; si no quiere, se calla. ¿Qué le parece mi actitud?

—Que no puede ser más magnánima y generosa —sonrió ella. Estaba encantadora con un sencillo vestidito color crema, de manga hasta un poco más arriba de los codos, y escote discreto. Apoyó los codos en la mesa y me miró con innegable simpatía—. Siento cierta debilidad por usted, teniente, y con franqueza me gustaría ayudarle, pero no puedo... al menos por ahora. Lo siento, créame.

—¿Tan grave es su situación que no puede decirme siquiera su nombre? Fíjese en que no le pregunto por el apellido, sino solamente por el nombre propio.

—Me llamo Clarisa, aunque los amigos me suelen llamar Clary. Usted puede hacerlo también.

—Dave es el apelativo común con que se me designa —dije, un tanto resobadamente—. Hágalo usted, está en su casa.

—Gracias —contestó ella con una inclinación de cabeza—. ¿Le gustó mi forma de cocinar?

—Más que la de actuar, por supuesto —repuse con intención.

—Ya le dije que me agradaría poder ser más franca con usted, pero no puedo, créame. Quizá más adelante... Bueno, lo siento, Dave. Y ahora que hemos satisfecho una necesidad primordial, ¿le molestaría entregarme el bolso?

—En absoluto —contesté con toda galantería. Me puse en pie y fui al armario donde lo había guardado, regresando segundos después—. Tómelo. Compruebe su contenido, por favor.

—¡Oh, no es necesario! —respondió ella con la más graciosa de sus sonrisas—. Usted es todo un caballero.

—Gracia por el concepto en que me tiene, Clary.

—Pensará de mí que soy todo lo contrario de una dama, ¿no es así, Dave?

—Me reservo la opinión por el momento —contesté—. Quizá, algún día, con un poco más de confianza, pueda expresársela con toda claridad.

Se puso en pie y se atusó el cabello con gesto lleno de coquetería. Luego se estiró la falda y alargó su mano.

—Me gustaría volverle a ver de nuevo, teniente —dijo.

—Espero que sea en mejores circunstancias, Clary.

—Ojalá —suspiró ella. Y se fue.

Encendí un cigarrillo. Otro, quizá, en mis mismas condiciones, habría salido tras ella para averiguar a dónde iba. Pero yo no tenía ninguna prisa en saberlo, primero, porque ya sabía dónde encontrarla y, segundo, porque era mucho más urgente para mí hallar al asesino de Symington y Asher.

Empecé a quitarme la corbata; era hora de irme a la cama. En aquel momento, me pareció oír un leve gemido.

El gemido se repitió, lo cual me dijo que ya no era una simple ilusión acústica. Procedía del corredor exterior y parecía emitido por una garganta humana.

El corazón se me paró de pronto.

—¡Clary! —grité, sin poder contenerme.

Agarré la pistola y abrí de un tirón, precipitándome fuera del apartamento. Los ruidos se hicieron más intensos.

Miré a la derecha e izquierda; no se veía el menor rastro de la chica. Pero los gemidos seguían repitiéndose con cierta cadencia monótona.

De pronto reparé en el ascensor. El aparato estaba abierto.

Corrí hacia él. Miré en su interior.

Clary estaba tendida en el suelo, con todo un lado de la cara manchado de sangre. Alguien la había golpeado duramente en la cabeza, haciéndola caer en un estado de semiinconsciencia.



Alguien la había golpeado

Guardé la pistola en el bolsillo posterior de mi pantalón y me agaché para tomarla en brazos. Volví con ella a mi apartamento y pasé al dormitorio, extendiéndola sobre la cama.

Fui al cuarto de baño y traje los elementos necesarios para curarla. Le limpié la herida, que no era más que un simple corte,

producido por la fuerza misma del golpe, y luego la desinfecté, colocándole a continuación una tira de tafetán.

Traje *whisky*, e incorporándola, la obligué a tomar un par de sorbos. Clary tosió y estornudó, pero el licor la obligó a recobrar el conocimiento.

Se estremeció al mirarme.

—¡Oh, Dave! —murmuró.

—Permanezca tranquila —dije—. No es nada, salvo un golpe en la frente. Ya me contará luego todo lo que ha ocurrido.

Ella hizo un gesto negativo.

—Ya me encuentro mejor —contestó—. Deme... otro poco de licor.

Bebió un tercer sorbo, y el alcohol hizo afluir de nuevo los colores a sus mejillas. Sonrió.

—He caído ingenuamente en una trampa —dijo—. Shim y uno de sus esbirros debieron seguirme. No se atrevieron a entrar en su apartamento por temor a recibir más golpes por parte suya, Dave. Estaban escondidas en el ascensor y cuando iba a entrar, Shim me golpeó en la frente. Perdí el conocimiento...

—Y el bolso, supongo —añadí severamente.

—Es cierto —murmuró ella.

—Parece —comenté— como si ese desdichado bolso contuviera la fórmula de alguna superbomba o algo por el estilo. ¿Tanto interés tiene para Shim y sus compinches?

—Eso calculo —dijo ella evasivamente.

—Bien —suspiré con aire resignado—, ya no hay más que hablar. Los bandidos han conseguido lo que deseaban y nosotros hemos quedado chasqueados. ¿Qué le parece?

—¿Y a usted? —preguntó ella con expresión maliciosa.

—Supongo que un oficial de policía, duro y severo, la sometería a un terrible interrogatorio, empleando incluso el tercer grado. Pero yo soy una excelente persona y la dejaré partir sin hacerla una sola pregunta más.

Clary me miró suspicazmente.

—Le tengo calado, Dave. Lo que usted quiere es dar hilo a su caña de pescar para luego pegar un buen tirón y así atrapar mejor la presa, ¿no es cierto?

—Supongámoslo —dije con aire reticente.

Ella se sentó en el lecho. Hizo una mueca de dolor.

—Ese individuo golpeó de firme.

—Como oficial de policía, debo lamentar el incidente — manifesté—. Particularmente, me alegro, porque se lo tiene bien merecido.

Se encogió de hombros. Sacó las piernas fuera de la cama.

—Menos mal que no me he manchado el vestido de sangre —fue su único comentario.

Cuando me hube quedado solo, atranqué la puerta y, después de desnudarme, me tumbé a dormir. Realmente, lo estaba necesitando.

CAPÍTULO X

El timbre del teléfono sonó una y otra vez, hasta que su insistente campanilleo perforó el cemento que taponaba mis oídos. Alargué la mano y tomé el aparato.

—¿Quién? —dije con voz soñolienta.

—¡Clarkson! —tronó Penderley—. ¿Qué demonios hace a estas horas en la cama?

—Me permito sugerirle respetuosamente, querido jefe, que me he pasado la noche entera sin dormir. —Consulté mi reloj—. Son las doce del mediodía; me quedan, pues, cuatro horas de sueño antes de que reanude mis actividades indagatorias.

—¡Y un cuerno! —bramó mi jefe—. Usted se va a vestir ahora y se irá inmediatamente a entrevistarse con la señora Symington.

—Esa clase de entrevistas me gustan mucho. La señora Symington es digna de admiración.

—Déjese de tonterías y piense en otra cosa, Clarkson. La viuda ha recibido una llamada de Spillets.

Me senté en la cama de un salto.

—¡Spillets! —exclamé.

—¡El mismo! Está en la ciudad; ha conseguido franquear todas las barreras y se nos ha metido dentro sin que pudiéramos detenerlo.

—Lo cual demuestra que es un tipo astuto. Bien, ¿y qué le ha dicho a la señora Symington?

—Sencillamente esto: que se alegra mucho de que alguien se haya cargado por fin al sinvergüenza de su esposo, que lamenta profundamente no haberlo podido hacer él en persona y que le gustaría saber quién es el criminal para enviarle una tarjeta de felicitación. Por último, ha añadido que le entregue ciento cincuenta mil dólares como compensación material por daños y perjuicios o de lo contrario la matará a ella también.

—No se ha quedado corto el tipo soltando barbaridades —contesté—. ¿Han podido averiguar desde dónde se hizo la llamada?

—¿Cómo diablos quiere que lo sepamos? La señora Symington tardó casi una hora en comunicármelo.

—¿Por qué se retrasó tanto?

—Alega que en un principio pensó que podía tratarse de una broma de mal gusto. Luego, al fin, se resolvió a avisarnos, cuando ya era demasiado tarde para iniciar una investigación con un mínimo de posibilidades.

—Pues el rostro de Spillets no es de los que se olvidan fácilmente una vez vistos —rezongué—. Está bien, ahora mismo me vestiré e iré a interrogar a la viuda. Le llamaré apenas haya terminado. Ah, oiga, no cuelgue.

—¿Qué se le ocurre ahora, Clarkson?

—Una cosa. Quiero saber quién interrogó a la secretaria de Vickers.

—El sargento Beatty. ¿Por qué lo pregunta?

—El nombre de la secretaria, por favor.

—Aguarde un momento, Clarkson, se lo diré enseguida.

Esperé durante casi sesenta segundos. Al cabo volví a oír de nuevo la voz de Penderley.

—La muchacha se llama Clarissa Spankey, Clarkson. ¿Qué mosca le ha picado ahora?

—Nada —contesté con una mefistofélica sonrisa que habría asombrado enormemente a mi jefe de haber podido verme—. Simplemente que se me había olvidado reinterrogarla y quiero hacerlo una vez haya concluido con la señora Symington. Adiós, jefe.

Y colgué.

Media hora más tarde estaba de nuevo en la mansión de los Symington. Lucas me recibió con su inexpresividad de costumbre y me hizo pasar a la salita que ya conocía.

Esta vez la señora Symington tardó bastante en llegar. Mientras lo hacía, me entretuve contemplando la estancia.

Tenía dos ventanas, muy amplias, que daban a la parte lateral del jardín que rodeaba a la mansión. El lado contiguo estaba cubierto por unos cuantos cuadros de buena factura, un pequeño estante con libros y un par de repisas con bibelots y otras

chucherías. El muro opuesto, es decir, a la derecha de la puerta por dónde yo había entrado, tenía otra puerta y estaba adornado de la misma forma que el anterior. Era una salita de recibir, de aire coquetón y acogedor.

Ruth Symington vino al cabo. Había trocado el severo luto del último día por un vestido gris de una sola pieza, que moldeaba a la perfección su cuerpo esbelto y juvenil. Llevaba un valioso collar de esmeraldas y en su muñeca izquierda brillaba un reloj de platino y diamantes.

—¿Teniente? —me saludó con una inclinación de cabeza, a la par que se sentaba y me indicaba una silla.

Me senté frente a ella.

—Tengo entendido que ha recibido usted una llamada telefónica de un tal Spillets, señora —dije.

—Así es, teniente.

—Según tengo entendido, Spillets trabajó bastante para su esposo. ¿Le vio usted en alguna ocasión antes de que ocurriera el desagradable suceso que lo envió a la cárcel?

Me pareció que la respiración de la dama se alteraba ligeramente.

—Sí —contestó al cabo.

—¿Puede precisarme cuántas veces, señora?

Ruth Symington hizo un gesto ambiguo.

—No puedo recordarlo, teniente.

—Spillets fue en un tiempo hombre de confianza de su esposo.

—Así era, teniente.

—Según eso, no debió ser nada extraño que viniera a esta casa en más de una ocasión.

—Quizá sí, no recuerdo, cuántas.

—Un hombre como su esposo no tenía a veces tiempo suficiente para despachar todos sus asuntos en la oficina. Esto es corriente en los hombres de negocios, por lo que en ocasiones hacen venir a sus propios domicilios a las secretarias o a sus empleados de confianza, caso Spillets, por ejemplo.

—Efectivamente, tiene usted razón, teniente.

—Usted tuvo que verle, y, por consiguiente, habló con él.

—Meras frases de cortesía únicamente, señor Clarkson, nada más.

La miré fijamente durante unos segundos. Ruth Symington conservaba toda su compostura, pero un brillo sospechoso en sus ojos me decía que se guardaba para sí algo que no quería confiarme.

—Entonces, tuvo que reconocer su voz a través del teléfono. ¿Era el mismo Spillels el que profirió tales amenazas?

—Al menos, dio su nombre.

—No pregunto si dio su nombre, sino si reconoció su voz, señora Symington.

—Hablé con él muy pocas veces para conservar en la memoria su voz, teniente.

—Pero, en su fuero íntimo, ¿cree que pudo ser Spillels el que la amenazó?

Ella se encogió de hombros.

—No puedo asegurarle nada, teniente —respondió.

—¿Dispone usted del dinero que le pidió?

—He consultado con mi abogado y me ha dicho que hará un esfuerzo por conseguirlo.

—¿Se refiere a Stopf?

—Justamente.

—¿Le dio Spillels algún plazo para entregar el dinero?

—Cuarenta y ocho horas.

—¿Indicó el lugar?

—Dijo que pasado ese plazo llamaría por teléfono y me indicaría el sitio y la forma en que había de hacerse la entrega.

Me froté la barbilla con aire pensativo. Quizá, en efecto, había sido Spillels el autor de la llamada. Después de evadido de presidio, nada mejor que un buen montón de billetes con los cuales comprarse la salida del país, y, por consiguiente, la impunidad.

Me puse en pie y volví a mirarla.

—Spillels era el hombre de más confianza de su esposo hasta el momento del desfalco.

—Así fue, señor Clarkson.

—¿Comentó su esposo en casa algo sobre el asunto?

—Estuvo varios días muy enojado. Luego se le fue pasando. Era lógico, no siempre iba a estar pensando en lo mismo. Los negocios requerían toda su atención.

Hice una corta pausa. De pronto, disparé una pregunta:

—Usted me dijo que se separó, corporalmente se entiende, de su esposo, hará unos seis meses. El asunto de Spilletts ocurrió, más o menos, en esa fecha. ¿Tuvo que ver esa separación con el encarcelamiento de Spilletts?

Ella se puso en pie violentamente. Su opulento seno reflejó, con rápidos movimientos de vaivén, la indignación que la poseía.

—¡Teniente! —exclamó con voz vibrante de ira—. No le tolero semejantes insinuaciones. Fui una mujer fiel a mi esposo mientras duró nuestro matrimonio, y si separamos nuestros cuerpos fue por causas completamente ajenas a la que usted acaba de mencionar.

—Lo siento —dije con aire contrito—. Debo pedirle mil perdones. No obstante, me gustaría comprendiera usted que hago todas estas preguntas en interés de la justicia.

—Desde luego. Pero ya le he dicho todo cuanto tenía que decirle. Por lo tanto, me veo en la precisión de rogarle abandone esta casa lo más pronto que le sea posible.

—Estoy a sus órdenes, señora.

Tomé el sombrero y me dirigí hacia la puerta. Ruth Symington me llamó la atención.

—Por ahí, no, teniente.

La puerta a la que me había acercado era la que estaba en el muro de la derecha según se entraba.

—Ya lo sé —dije, abriéndola de golpe.

Me precipité en la habitación contigua. No había nadie.

Frente al lugar donde me encontraba había también otra puerta, oculta a medias por unos pesados cortinajes de terciopelo. Observé que las cortinas se movían todavía.

No quise perseguir al curioso. Seguramente habría tenido ya tiempo de huir y esconderse por alguna de las innumerables habitaciones de la casa. Pero una cosa había podido establecer de un modo indubitable: alguien había estado al otro lado de la puerta, escuchando nuestra conversación de cabo a rabo.

Me volví hacia la dueña de la casa. Su rostro había adquirido la blancura de la nieve.

—A mí —dije con tono hiriente—, me desagradaría vivir en una casa donde la servidumbre espía mis menores movimientos. En su lugar, averiguaría quién ha sido el curioso que ha estado escuchando nuestro diálogo y le despediría sin más preámbulos.

Hice una inclinación de cabeza y salí.

Ruth Symington no se movió del sitio en que se había quedado al efectuar yo aquel gesto tan inesperado.

Tampoco pronunció la menor palabra.

CAPÍTULO XI

Después de haberme entrevistado con Ruth Symington estuve pensando largo rato en el interrogatorio a que la había sometido. Tema la sensación de que la dama me ocultaba algo, aunque no podía asegurarlo por el momento.

Una cosa era segura: alguien había oído nuestra conversación. ¿Pertenecía ese alguien a la servidumbre de la casa? Me parecía un poco dudoso. Luego, si esta duda se convertía en certidumbre, era que Ruth Symington escondía allí a un sospechoso. ¿Quién era esta persona?

Recordé parte de la conversación. Especialmente cuando le mencioné a Spillets como posible causa de la separación entre su esposo y ella. Había protestado airadamente, pero la duda seguía flotando en mi ánimo.

Después de meditarlo mucho, me encaminé a Jefatura, en donde examiné las actas de los interrogatorios policiales de modo superficial. Sólo quería hallar una cosa: el nombre de alguien que hubiera conocido a Spillets.

No tardé en encontrarlo. Era un tal Emmanuel Tharnley, segundo cajero en la época en que Spillets desempeñaba el cargo principal.

Tharnley vivía en la avenida DeGroot, 627, y hacia allí me encaminé apenas hube averiguado su domicilio. Busqué en el indicador el número de su apartamento, y un minuto más tarde estaba llamando a la puerta del mismo.

Un hombre de mediana edad, calvo, con unas antiparras de grueso vidrio, vestido con una vieja bata casera, salió a recibirme. Me miró con prevención muy poco disimulada.

—Mi nombre es Clarkson, del Departamento de Homicidios —dije, enseñando mi documentación—. Deseo hablarle, señor Tharnley.

—Muy bien, pase —dijo el hombre.

Una mujer ya ajada por el paso de los años salió al recibidor con expresión alarmada.

—Eh... —dijo—. ¿Qué sucede?

—El señor es policía y quiere interrogarme —contestó Tharnley.

—Señora, no se preocupe —manifesté—. No tengo nada contra su marido. Solamente quiero pedirle unos informes. Puede asistir usted misma, si quiere, al interrogatorio —dije—. No encuentro en ello el menor inconveniente.

La señora Tharnley se tranquilizó y nos dirigió una pálida sonrisa.

—Les traeré una taza de café —dijo, alejándose.

Tharnley me indicó una silla. Nos sentamos.

—Señor Tharnley, las preguntas que voy a hacerle son relativas a alguien que fue compañero suyo. Concretamente, me refiero a Fargo Spillets. ¿Lo recuerda usted?

El rostro del individuo se demudó.

—Sí, claro —dijo con voz no muy firme.

—Lo condenaron a quince años. No voy a meterme en si desfalcó o no desfalcó, ni tampoco en si la condena fue o no justa. Lo único que quiero saber es una cosa y necesito que usted me la conteste con absoluta franqueza. Fíjese bien en lo que le digo: con absoluta franqueza.

Tharnley se humedeció la lengua con los labios.

—Sí, señor Clarkson.

—Gracias. ¿Cuánto tiempo trabajó usted con Spillets?

—Unos... doce años, aproximadamente.

—Durante ese tiempo, ¿estuvieron siempre en el mismo, departamento de la empresa?

—Entonces, usted tuvo ocasión de conocerlo íntimamente, ¿no es cierto?

—Sí.

—Bien, entonces podrá decirme una cosa, puesto que en doce años se aprende a conocer bastante el carácter de una persona.

—Por supuesto, señor Clarkson.

—¿Era Spillets de temperamento violento?

—No, Dios me libre. Era la persona más apacible que he visto jamás —replicó Tharnley, contundentemente.

—Entonces, ¿cree usted posible que Spillets llevara a cabo las amenazas que profirió contra Symington al ser condenado?

—No.

—¿Por qué?

—Verá... —dijo el empleado—. Supongo que en ese momento, cuando a uno lo condenan por algo como lo que le ocurrió a Spillets, se pierden los estribos y se pronuncian frases de las cuales uno se arrepiente luego.

—Pero Spillets anunció que se evadiría del presidio primero y que luego mataría a Symington —objeté.

—Bueno —concordó el empleado—, ¿quién sabe? Estuve doce años junto con él, pero a veces el verdadero carácter de una persona no sale hasta que se encuentra con una adversidad de tipo aparentemente insuperable.

—Es usted todo un filósofo —dije.

Me puse en pie en el momento en que la señora Thamley entraba con el café.

—¿Ya se marcha usted, señor Clarkson? —preguntó ella, consternada por la idea de no hacer a su café los debidos honores.

Sonreí.

—Bien, tomaré una taza por no desairarla, señora.

Hice lo que había dicho, pero antes de marcharme formulé todavía una pregunta:

—Señor Thamley, su opinión personal: ¿fue culpable Spillets?

Los miopes ojos del cajero me miraron inexpresivamente.

—El jurado lo condenó, señor Clarkson.

—El jurado suele equivocarse muchas veces, sobre todo cuando los testigos cometen perjurio —dije, suavemente.

El rostro de Thamley blanqueó súbitamente. Sus piernas le flaquearon de tal modo, que temí fuera a derrumbarse al suelo.

—Buenas noches —dije.

Ninguno de los dos esposos me contestó.

En la puerta de la casa encendí un cigarrillo, bastante satisfecho por el giro que tomaban los acontecimientos. Después busqué un teléfono.

Miles continuaba trabajando con la clave, sin haber adelantado un solo paso. Penderley, en cambio, tenía algo que comunicarme.

—La pistola es, efectivamente, de fabricación española. —Citó la

marca—. El

F. B. I.

calcula, a juzgar por la numeración, que debió venir en el equipaje de alguno de los voluntarios que lucharon en la Brigada Abraham Lincoln. Armas como ésa entraron muchas en el país de modo semejante al descrito.

—Entiendo —dije—. Pero la pistola no ha sido hallada.

—En absoluto. Sólo sabemos que Asher murió con dos balas salidas del mismo cañón.

—Gracias, jefe. Le llamaré más tarde.

—¡Eh, no tan deprisa! ¿A dónde va usted?

—Tengo que ver a un testigo. A la secretaria de Vickers. Quiero escuchar de sus propios labios la versión de la coartada del fulano.

—De acuerdo.

Salí de la cabina y me encaminé con paso medurado en dirección al domicilio de Clary.

CAPÍTULO XII

Cuando la puerta se abrió, encendí la luz de la lámpara de pie que estaba junto al sillón en el cual me hallaba sentado.

Clary Spankey se volvió rápidamente, lanzando un gritito de susto.

—¡Oh, es usted! —dijo después, respirando muy aliviada.

—El mismo, Clary. ¿Le molesta mi presencia aquí?

—¿Cómo ha sabido mi domicilio? —dijo ella, con cierta hostilidad latente en su tono.

—Soy policía, ¿no?

Ella se mordió los labios.

—Está bien —dijo. Se despojó de los guantes y del abrigo, prendas que arrojó luego sobre un diván. Quedó vestida con un *pullover* rojo oscuro y falda negra. Sus zapatos y sus medias estaban impecables—. Le prepararé una copa —anunció.

—Beberé a su salud y a la de su falso testimonio, Clary.

La muchacha había echado a andar y se volvió de nuevo para mirarme con expresión inquisitiva.

—¿Falso testimonio? —dijo.

—Ande, tráigame la copa. Luego, hablaremos.

Hizo lo que le decía. Una vez tuve mi vaso de *whisky* en la mano, la vi sentarse en una silla frontera, muy rígida, con la espalda erecta y las rodillas muy juntas. Sus manos descansaban sobre los muslos, en tanto que su rostro había adquirido una expresión pétrea, inescrutable.

Tomé un buen sorbo de *whisky* y luego saqué cigarrillos. Clary rechazó el que le ofrecí. Yo encendí el mío con deliberada parsimonia.

—Está bien —dijo al cabo, llena de impaciencia—. Hable de una vez, Dave.

—Antes dije falso testimonio. Estoy dispuesto a probarlo.

—¿Cómo? ¿De qué manera?

—¡Ah! —dijo incisivamente—. Luego ya sabe a qué se refieren mis palabras, ¿no es así?

Su cara se coloreó al instante, en tanto que sus manos se crispaban sobre la falda.

—Siga —dijo con voz ronca.

—Usted declaró que Adam Vickers la entretuvo trabajando hasta más de las once de la noche en que se cometió la muerte de Symington. ¿Por qué mintió?

—¿Qué es lo que le hace suponer a usted que mentí?

—Sencillamente, que esa noche no se encontraba usted en la ciudad.

—¿En dónde estaba, pues? —preguntó, con sonrisa irónica.

—En las montañas, no lejos del lugar en que nos conocimos.

—Nos conocimos, si usted no recuerda mal, bastante más de treinta y seis horas después de cometido el asesinato —dijo Clary.

—Estoy seguro de que usted estuvo allí bastante tiempo más que el citado, antes y después de la muerte de Symington.

—Puede, pero no podrá probarlo.

—¿Está segura?

Su rostro se demudó ligeramente.

—Inténtelo —dijo.

—Eso es lo que haré. El repartidor de los telegramas podrá decirnos algo muy interesante sobre el particular. ¿Por qué tanto empeño en proteger a Vickers?

Clary se puso en pie.

—Es tarde, Dave —manifestó, secamente.

Pero yo no me moví del asiento.

—Le he dicho que...

—¡Siéntese! —ordené rudamente.

Ella obedeció, tras ligera vacilación.

—Escuche —dijo, con voz firme—. Quiero que se dé cuenta de lo que está haciendo. En primer lugar, me está ocultando sus relaciones con una banda de granujas a cuenta de un bolso misterioso cuyo contenido tiene mucho interés para alguien. Y en segundo, mintió al corroborar la coartada de su jefe. ¿Se da cuenta de los gravísimos peligros que esto puede acarrearle?

—Eso es cosa mía, Dave —dijo, con voz tensa.

—Y de la policía —exclamé—. Su actitud roza el delito, si no se mete de lleno en él. Podría ir a parar a la cárcel para unos cuantos años, por perjury, esto independientemente de lo que le sucede con Shim y compañía.

—Bien. Mala suerte, entonces, para mí.

—Mucha, muchísima mala suerte, Clary. Un asesino anda suelto por allí. Cada vez que comete una muerte, deja un papelito en clave sobre el lugar del crimen. Esa clave se refiere a las personas que han muerto o que van a morir. Quizá sea usted la próxima.

Me puse en pie.

—Callando no conseguirá ningún beneficio y sí muchos perjuicios. Uno de esos perjuicios podría ser un balazo en su linda y testaruda cabecita. Téngalo muy en cuenta, Clary.

No dije ni adiós. Abrí la puerta y me marché.

De allí me fui a ver a Vickers, de quien previamente había averiguado su domicilio particular.

No perdí demasiado tiempo en preámbulos ni floreos.

—Usted mintió al decir que la noche del crimen había estado trabajando hasta las once y media con su secretaria. ¿Por qué?

Vickers se dio cuenta de que era inútil todo fingimiento en tal aspecto. Trató de componer una sonrisa de complicidad.

—Le rogué a la señorita Spankey que lo declarara así —dijo.

—¿Por qué?

—Verá... Aquella noche tenía una cita. Se hubiera provocado un gran escándalo de haber salido a relucir el nombre de la dama con la cual estaba citado. La señorita Spankey fue comprensiva y me ayudó.

—Pero ella no se encontraba en la ciudad la noche en que Symington fue asesinado, ¿no es cierto?

—Sí.

—¿Qué hacía en las montañas?

—Tiene una cabaña y le había concedido una semana de vacaciones. Cuando supe lo de la muerte de Symington, calculé que la policía me interrogaría y por eso la hice llamar.

Reflexioné unos momentos.

—Puede ser como usted afirma. De todas formas —agregué, severamente—, quizá sea preciso comprobar que lo que usted dice es cierto.

—¡Teniente!

Vickers se puso muy sofocado.

—Lo siento, pero no es sólo el hecho de que se hayan cometido dos crímenes lo que me impulsa a decir tal cosa, sino que, muy probablemente, se cometerá alguno más.

—¡Fantasías! —dijo despectivamente.

—Ojalá lo fueran —contesté—. Pero si de repente se encuentra con un balazo en la nuca, no diga luego que no fue advertido a tiempo.

—Trataré de esquivar ese balazo, teniente.

—Le deseo suerte, señor Vickers. ¡Adiós!

Cuando salí de casa de Vickers, me quedé indeciso. Por el momento, no sabía qué hacer ni qué partido tomar. El caso iba tomando cada vez un cariz más enrevesado y a cada minuto que transcurría se me hacía más y más difícil su solución.

De pronto, se me ocurrió una idea. Y sin entretenerme en pensarla dos veces, la puse en práctica.

Media hora más tarde me hallaba en las inmediaciones de la residencia de Ruth Symington.

Escruté en la oscuridad los jardines que la rodeaban. Al cabo de unos minutos de atenta observación, me decidí a continuar mi camino.

Salvé la tapia que contorneaba la posesión, no sin hacer unos esfuerzos a los cuales ya no estaba acostumbrado, y luego me adentré sigilosamente por entre la espesa vegetación.

Así pude llegar a la casa, apostándome cerca de la ventana de la salita donde ya había estado con anterioridad. Después de escuchar un buen rato y comprobar que el camino estaba libre, me acerqué a una de las ventanas.

Las cortinas estaban corridas, pero había un pequeño intersticio por dónde se podía ver un fragmento de la estancia. No era muy grande, aunque sí lo suficiente para poder darme cuenta de que Ruth Symington estaba hablando con un hombre.

Lucas el mayordomo, no era. La ropa de Lucas en la casa era negra, y el interlocutor de la dama vestía de gris oscuro. Estaba de espaldas a mí y sólo podía verle un poco de la nuca y el hombro y costado derechos.

En cambio, Ruth estaba frente a mí y podía verle el rostro con

toda claridad. Sus facciones expresaban claramente la agitación que la poseía, y sus manos se retorcían nerviosamente en tanto que parecía suplicar al hombre que se hallaba frente a ella.

Pude ver el movimiento de sus labios, pero no percibir sus palabras. Los gestos, sin embargo, eran harto elocuentes. ¿A quién estaba implorando?

Calculé que quizá podía reconocer al individuo atisbando desde la ventana contigua. Allí podría tener más luz para mis investigaciones y...

Súbitamente algo chasqueó muy cerca de mí, a menos de un paso de distancia.

Me volví con la rapidez del relámpago, al tiempo que echaba mano a la pistola. No tuve tiempo sino de tocar con la yema de los dedos la culata de la misma.

Conseguí más luz, en efecto: la de todas las estrellas del firmamento, proporcionada por algo contundente que chocó contra mi cráneo con enorme fuerza.

Y después de la luz, vinieron las tinieblas.

CAPÍTULO XIII

Desperté con un horrible dolor de cabeza. Llevé la mano a la región afectada, hallando en ella un chichón del tamaño de un huevo de paloma.

Estuve unos momentos tratando de recobrar la total conciencia de mis actos. Luego me senté en el lecho, y haciendo un esfuerzo sobre mí mismo, me puse en pie, encaminándome al cuarto de baño.

Tomé del botiquín un par de aspirinas, y luego, desnudándome, me metí bajo la ducha. Empecé a frotarme enérgicamente para reaccionar, pero, de repente, me quedé inmóvil, quieto como una estatua bajo el agua que caía sobre mi cuerpo.

Había perdido el conocimiento en el jardín de la residencia Symington. Pero estaba en mi casa.

¿Quién me había traído hasta allí, aprovechándose de mi inconsciencia?

Terminé de ducharme, convertido en un puro lío. Me sequé, vistiéndome un pijama acto seguido. Fui a la cocinilla y me preparé un par de tazas de café, que contribuyeron notablemente a esclarecer las brumas que aún cubrían mi embotada mente.

¿Quién me había transportado hasta casa?

Repetí la pregunta una y otra vez, sin poder hallar una respuesta concreta. De una cosa, sin embargo, estaba seguro: la residencia Symington se encontraba muy bien vigilada.

Consulté el reloj. Eran ya las tres de la mañana. El golpe había sido fuerte, pues me había hecho dormir casi seis horas. Sin embargo, me notaba cansado.

—Lo mejor es dormir —dije para mis adentros—. Ahora ya no puedo hacer nada, y, además, Ruth Symington negaría rotundamente cualquier cosa que pudiera tener relación con lo que me acaba de suceder.

Me tumbé en la cama y apagué la luz.

Diez minutos más tarde, pegaba un salto que estuvo a punto de hacerme alcanzar el techo.

Recordando determinado punto del interrogatorio a que había sometido a la viuda la tarde anterior, acababa de concebir una sospecha que estimaba era casi una certidumbre.

¿Sería posible que Ruth Symington me hubiera mentido en un determinado punto?

Después de lo que me había ocurrido horas antes, la posibilidad iba cobrando fuerza. Y si esto era cierto podría llamarme estúpido con toda tranquilidad, porque realmente como tal me había portado.

No pude seguir haciendo más cálculos sobre el particular. El teléfono sonó de pronto.

Agarré el aparato.

—Dave Clarkson —dije.

—¡Teniente! —aulló la bien conocida voz de mi jefe.

—¡Otro asesinato!

—¡Qué! —aullé.

—Lo que oye. Vístase pronto y venga inmediatamente.

—¿A dónde? ¿Quién es el muerto?

—Moshe Klopstein.

Tuve la sensación de que alguien acababa de tañer una campana gigantesca dentro de mi cabeza. Klopstein muerto. Otro de los individuos que habían tenido relación con Symington.

—Le encontraron la clave encima con tres tachaduras, ¿verdad?

—Sí —contestó mi jefe—. ¿Cómo diablos lo sabe?

—Escuche, haga que protejan a Vickers y a Benson. Estoy seguro de que estos dos son los que están en lista para los próximos crímenes.

—¿Qué está diciendo, hombre de Dios? —bramó Penderley—. ¿Acaso se ha vuelto loco?

—Haga lo que le digo, jefe, o de lo contrario tendrá que lamentarlo. Ahora mismo voy hacia el lugar del crimen.

Y colgué.

Mientras me vestía a toda prisa, empecé a pensar que casi con toda seguridad, aquellos grupos de cifras tenían algo que ver con las muertes cometidas y con las que, posiblemente, se cometerían más

adelante, si no andábamos lo suficientemente listos para evitarlas.

Cuando llegué al domicilio de Klopstein, me encontré un cuadro de singular desolación. La numerosa familia del muerto estaba llorando a voz en cuello, empezando por la madre y terminando por el hijo más pequeño. Pero allí no había más que un confuso detective, que era el que había ido a comunicarles la triste nueva.

—¡Cómo! —me extrañé—. ¿Es que no lo han asesinado aquí?

—No —me contestó el detective—. En su despacho. Fremont Street, 227.

Lancé una sonora maldición y me precipité escaleras abajo. Monté en el coche y lo hice correr como si me hallara en el Gran Premio de Indianápolis hasta llegar a la calle Fremont.

El lugar estaba atestado de policías, expertos y demás ralea que suele intervenir en un caso semejante. Penderley me recibió con el rostro contraído por la rabia.

Blandía en su mano un papel cuyo contenido reconocí al instante. Miles, el experto en criptografía, trataba de arrebatárselo una y otra vez, sin que ninguna de ellas pudiera conseguir su propósito.

—Deme ese papel —dije, sin hacer caso de las invectivas que el jefe me dirigía.

Miles miró por encima de mi hombro. Luego, cruzamos la vista.

El tercer grupo de cifras estaba tachado por un grueso trazo de tinta negra.

—Es preciso saber quién se esconde tras la identidad del grupo marcado con el número cuatro en caracteres romanos —dije, con sombrío acento—. De lo contrario, y a menos que nos demos prisa, un hombre morirá muy pronto. ¿Vickers? ¿Benson? Tengo la casi absoluta seguridad de que es uno de ellos.

—Ya he enviado un agente a casa de cada uno de los dos, explicándoles nuestros temores —dijo Pender— ley. —Pero, por el amor de Dios, ¿quién es el asesino? ¿Quién?

Entregué el papel con la clave a Miles, quien lo tomó sin hacer el menor comentario. Penderley se enfrentó conmigo, poniéndose las manos en las caderas.

—Es preciso hacer algo, Clarkson —vociferó—. Ya son tres asesinatos los que se han cometido, sin que hasta ahora hayamos dado con el criminal. Tenemos que hacer algo o nos asarán vivos.

—Lo que digan o dejen de decir de nosotros me importa un rábano —repliqué ásperamente—. De momento ya he hecho un descubrimiento. Asher y Klopstein tuvieron relación con Symington y han muerto. Quedan Vickers y Benson y ya los tenemos protegidos. Por el momento, salvo que encontremos lo que significa la clave, no podemos hacer nada. Excepto una cosa. ¡Sargento Beatty!

—¿Teniente? —contestó el requerido.

—Póngase en comunicación con el señor Benson y pregúntele en mi nombre si puede recibirme. Ahora mismo, sargento.

—Sí, señor.

Encendí un cigarrillo que Penderley me arrebató con mano nerviosa. Volví a prender otro, y cuando apenas había acabado de aspirar el humo, Beatty me llamó.

—Teniente, el señor Benson dice que está dispuesto a recibirle ahora mismo.

—Gracias, sargento. —Miré a mi jefe—. Voy a hablar con Benson. Miles, ¿quiere darme la clave?

—Sí, teniente.

Tomé el papel, que guardé en el bolsillo, y salí de la habitación, oyendo a mis espaldas la furibunda voz de mi jefe, que gritaba:

—¡No vuelva a verme si no me trae la cabellera del asesino! ¡Si no es así, ya puede ir pensando en redactar su dimisión, Clarkson!

No le hice caso tan siquiera. Bajé las escaleras de cuatro en cuatro y me precipité sobre mi automóvil.

Di el contacto y arranqué, pisando el acelerador a fondo. A semejantes horas, las calles de Monahan City estaban poco menos que desiertas y podía correrse a toda velocidad.

Embebido en mis pensamientos, no me había dado cuenta de que me seguía un coche hasta que fue demasiado tarde.

Era raro que circularan dos autos a las cuatro de la mañana. Por eso miré al coche de mi izquierda, y eso, probablemente, fue lo que me salvó la vida.

Vi asomar el caño de una pistola a menos de tres metros de distancia. En el mismo momento me tiré al fondo del asiento.

El coche empezó a navegar sin dirección. Escuché el seco sonido de media docena de disparos, efectuados con toda rapidez. Luego, el rugido de un motor que se alejaba a velocidad supersónica.

Me incorporé, milagrosamente salvado de la lluvia de proyectiles que había caído sobre mí. Pero no estaba salvado de otro peligro.

Mi coche había perdido velocidad al quitar el pie del acelerador. No obstante, aún conservaba la suficiente potencia para lanzarse contra un farol próximo, que derribó con enorme estruendo.

El coche sufrió una tremenda sacudida. Yo fui zarandeado brutalmente y recibí unos cuantos golpes nada agradables. Un cristal voló en mil pedazos, y una de sus esquirlas me hizo un corte en la mejilla. Pero el auto se detuvo.

La ciudad había parecido dormida hasta que se oyeron los disparos y el estampido del automóvil al estrellarse. Entonces todo el mundo se despertó.

Una sirena policial ululó a lo lejos, y su sonido aumentó de volumen a medida que se acercaba. Haciendo un esfuerzo, conseguí salir del coche.

El impacto había sido demasiado fuerte. Hubiera caído al suelo de no haber sido por unos brazos compasivos que me sostuvieron cuando ya perdía el equilibrio.

CAPÍTULO XIV

Mientras tanto, Joel Benson había muerto.

Esta vez, el asesino había variado su táctica. En lugar de emplear la pistola, había usado otro medio, tan seguro o más que el anterior.

Benson había sido arrojado a través de la ventana de su apartamento, estrellándose contra el suelo después de haber recorrido una distancia equivalente a doce pisos.

El agente que estaba de vigilancia había ido a parar al hospital con una fea herida en el cráneo. Por el momento, estaba inconsciente, y los médicos predecían que tardaría bastante en poder hacérsele la menor pregunta. La conmoción cerebral era fortísima y se requerían no menos de cuarenta y ocho horas antes de que pudiera formularse un diagnóstico definitivo.

Todo mi cuerpo me dolía de arriba abajo como si me hubieran propinado una gran paliza. Y en realidad, así había sido.

Penderley me miró con aire apesadumbrado.

—Siento lo que le ha sucedido, teniente —dijo.

Hice una mueca. Todavía estaba tendido en el lecho, después del accidente que había estado a punto de acabar con mi vida.

—Los tipos aquellos actuaron rápidamente —dije—. Me impidieron llegar a tiempo para poder salvar la vida a Benson.

—Me pregunto cómo supieron que iba usted a interrogarle —rezongó mi jefe—. Si de algo me precio, es de tener a mis órdenes un cuerpo de Policía cuya moralidad es intachable. No puedo concebir que haya habido una filtración en nuestras investigaciones. Además, ninguno de los que estaban presente en el despacho de Klopstein se movió de allí ni nadie llamó tampoco por teléfono a un posible cómplice.

—No hubieran tenido tiempo de hacerle —dije—. Mi salida fue demasiado rápida para enviar el menor aviso. Lo cual quiere decir

que me estaban esperando.

—Exactamente. El asesino estaba en la calle, aguardando a ver qué pasaba. Le vio salir a usted con la velocidad de un meteoro e intuyó que iba a entrevistarse con uno de los dos, no importaba cuál de ellos en aquel momento. Entonces se le echó encima y le disparó. Después fue a casa de Benson sorprendió al agente de vigilancia y le atacó. Acto seguido, arrojó a Benson por la ventana.

—Y eso me hace pensar que el asesino era conocido de Benson, porque de lo contrario no le hubiera recibido a tales horas de la madrugada —sugerí.

Penderley movió la cabeza.

—Benson estaba advertido de su llegada. Por tanto, es muy posible que al oír la llamada, abriera sin precauciones, lo mismo que el detective que lo custodiaba. Había señales de lucha en el domicilio del muerto, lo cual significa que Benson trató de resistirse.

—¿No han encontrado ningún indicio que pueda darnos alguna pista? —inquirí.

—No, salvo la consabida clave, en la cual está borrado el grupo de cifras correspondiente al número cuatro.

Me mordí los labios con aire desconcertado.

—Quedan dos todavía. El quinto es Vickers, evidentemente, pero ¿quién es el sexto?

Un eran silencio descendió sobre la habitación. Ni Penderley ni yo teníamos respuesta para aquella pregunta.

Eché a un lado el embozo de la cama y saqué las piernas fuera.

—¡Eh! ¿Dónde va? —preguntó mi jefe, alarmado.

—A ver a Vickers. Todos los que han muerto, recuérdelo, tuvieron relación con Symington. Es posible que Vickers pueda indicarme el nombre del número seis.

—Usted no está en condiciones de caminar, Clarkson —objetó Penderley.

Me puse en pie. Los huesos me crujían.

—Tengo que hacerlo —dije, encaminándome al cuarto de baño.

Media hora más tarde, salía de casa en dirección al despacho de Vickers. Mi sorpresa fue enorme al no ver a Clary en el antedespacho.

—¿Dónde está la anterior secretaria? —pregunté a la substituí.

—Ha reanudado sus vacaciones. ¿A quién debo anunciar?

—Teniente Clarkson, del Departamento de Homicidios —dije.

Vickers me recibió unos minutos más tarde. Una profunda arruga en el centro de su frente indicaba la preocupación que sentía.

—No tengo la menor idea de lo que pueda significar esa clave —respondió a mis preguntas—. Tampoco sé quién pueda ser el número seis.

—Todos los muertos tuvieron algo que ver con Symington. Usted también, Vickers. Haga un esfuerzo y procure recordar el nombre de alguien que tuviera en tiempos relaciones con Symington.

—Lo siento —dijo—. No sé de ninguno.

Endurecí el gesto.

—Se está perjudicando a sí mismo al no querer colaborar con la policía, Vickers.

—Ya he dicho todo cuanto sé, teniente. Por favor, no me moleste más. Tengo trabajo y...

—¿Está seguro de que ha dicho todo lo que sabe? —pregunté ácidamente—. Su coartada, usted lo confesó, es falsa.

—Comprometería gravemente el buen nombre de una dama si dijera su nombre, teniente —dijo Vickers, muy nervioso.

—Está comprometiendo su propia vida —exclamé—. Y quizá la de otra persona. Le ruego que hable, o, de lo contrario, tendré que hacerle el interrogatorio en lugar y forma muy distintos. Acaso —añadí cruelmente—, esa dama no merece siquiera que se oculte su buen nombre.

—¡Sí! —exclamó con vehemencia—. Sí lo merece. Y usted se quedaría muy sorprendido si supiera quién es.

—Bueno —dije con toda tranquilidad—. Deme la sorpresa.

—No quiero, teniente. Por otra parte, la señorita Spankey colaborará siempre conmigo y sostendrá que aquella noche estuvo trabajando en la oficina conmigo hasta las once y media.

—Pero yo demostraré que la señorita Spankey cometió perjurio, y, por lo tanto, su coartada caerá por la base. Los dos pueden ir a la cárcel por unos cuantos años, tenga muy en cuenta este detalle.

Vickers apretó los labios.

—Es difícil que demuestre tal cosa, teniente —dijo.

—Lo veremos. Entretanto, recuerde que es su propia vida la que

está en juego.

Un cristal chasqueó de repente. Algo penetró en la habitación con terrible fuerza, clavándose en el muro opuesto a la ventana.

—Échese al suelo, pronto —grité.

Vickers obedeció en el acto. El vidrio volvió a chasquear.

—¿No... nos están tiro... tiroteando? —preguntó Vickers, con voz temblona.

—¿Usted qué cree? —pregunté desdenosamente, en tanto me arrastraba hacia la ventana.

Al llegar a ella me puse en pie y atisbé por un lado del marco.

Frente a nosotros había un edificio cuya altura superaba al nuestro en un par de pisos. La distancia era de unos sesenta o setenta metros, longitud no excesiva para un buen tirador provisto de rifle.

Saqué la pistola y aguardé. Los disparos no volvieron a repetirse.

Volví junto a la mesa y marqué el número de la Jefatura.

—Habla el teniente Clarkson. Estoy en el despacho de Adam Vickers. Acabamos de ser tiroteados por un individuo que estaba en la terraza del Mac Donald Building. Si se dan prisa, es posible que lleguen a tiempo para detenerlo.

Colgué y volví junto a la ventana. Estuve contemplando la puerta del edificio hasta que oí el gemido de la sirena policial. El edificio estaba destinado principalmente a oficinas y comercio, y la gente entraba y salía continuamente por la gran puerta de acceso al mismo. Nada era más fácil para el tirador, después de haber hecho sus disparos, que desmontar el rifle y guardarlo bajo un abrigo para así salir tan tranquilamente, sin despertar la menor sospecha. Y como no habíamos oído los disparos, era lógico suponer que el arma estaba provista de silenciador.

Miré la pared donde habían impactado las balas. Con una navajita conseguí extraer uno de los proyectiles, hallando que correspondían a un máuser de caza, posiblemente de calibre 7,92.

Hice saltar el plomo en la mano, a la vez que miraba fijamente a Vickers.

—Se habrá convencido de que con ese asesino suelto, su vida no vale dos centavos. Y ahora, ¿querrá decirme el nombre de la dama?

Tragó saliva.

—¿Me... me promete usar de... de la máxima discreción sí... si

se lo digo, teniente?

—De acuerdo. Desembuche.

Vickers respiró hondo.

—Está bien. Ella se llamaba... es Ruth Symington.

CAPÍTULO XV

Una vez más, me enfrenté con la viuda de Reuben Symington.

Ruth aparecía tan mesurada y tan compuesta coma siempre, con una expresión de singular sosiego en su bello rostro, que la hacía aparecer como una deidad de algún culto benévolo y remoto.

Pero aquella expresión desapareció casi enseguida cuando le hube mencionado el nombre de Adam Vickers.

Sus hombros se hundieron repentinamente.

—Es cierto, sí —declaró con voz de tonos opacos.

—¿Por qué no me lo confesó antes? —pregunté.

—No podía, teniente.

Empezó a perder su impasibilidad.

—¿Por qué?

—Prefiero no contestar —dijo.

—Usted mencionó algo sobre el castigo del asesino de su marido. ¿Cree que ésa es una forma de colaborar con la policía para encontrar al criminal?

—Lo de Vickers no tiene nada que ver con la muerte de Reuben.

—Usted lo supone, pero no puede asegurarlo, señora Symington. Escúcheme, necesito saber a toda costa lo que hablaron usted y el señor Vickers en aquella entrevista. De lo contrario, y aun lamentándolo mucho, me veré obligado a recurrir a procedimientos más expeditivos.

Ella se retorció las manos, verdaderamente acongojada.

—No puedo, no puedo... —repitió una y otra vez.

—El señor Vickers me dio su nombre, señora Symington —continué implacablemente—. Le prometí apartarlo de la publicidad cuanto fuera posible. Pero si usted se niega a hablar, tendré que llevármela a la Jefatura bajo la acusación de complicidad en la muerte de su esposo. ¿Se imagina el escándalo que esto provocaría en la ciudad?

Ruth Symington miró a derecha e izquierda como animal acorralado. Luchaba entre conservar su buen nombre y el deseo de callar a toda costa.

—¿De qué hablaron? —insistí.

Ella respiró hondamente. Su busto, lleno y turgente, hinchó la tela que lo cubría.

—Haga lo que quiera —dijo al cabo. Era evidente que le había costado un enorme esfuerzo llegar a aquella decisión. Pero una vez tomada, la mantendría a cualquier precio—. Lléveme adonde quiera, interrógueme como mejor le parezca, pero no diré ni una sola palabra más.

Aquello me dio que pensar. ¿Encubría con su silencio a alguien que no quería nombrar siquiera? En tal caso, ¿cuál era la identidad de dicha persona?

¿Era la misma a quién había visto la noche en que me golpearon en el jardín cuando estaba atisbando a través de la ventana?

—¿A quién encubre usted, señora Symington? —pregunté.

Apretó los labios. Guardó silencio.

Decidí variar de táctica. No sabía por qué, pero un oscuro instinto me hacía sentir una viva simpatía por aquella mujer. Sin embargo, el cumplimiento de mi obligación debía sobreponerse a cualquier otro sentimiento.

—Veamos —dije—, ¿recuerda usted, aproximadamente, la hora de dicha entrevista con el señor Vickers?

Vaciló un momento.

—Fue entre diez y media y once y media de la noche.

—¿Cuánto tiempo estuvieron hablando?

—Un cuarto de hora, veinte minutos, quizá.

—¿No puede precisar mejor su hora de llegada y partida del bufete del señor Vickers?

—Recuerdo que Reuben ya estaba en su despacho, trabajando.

—¿A qué hora entró a trabajar el señor Symington?

—Después de la cena, a las nueve y media, calculo.

—¿No está completamente segura?

Negó con la cabeza.

—No me fijé demasiado en la hora, compéndalo. Sólo sé que a las doce de la noche ya estaba en la cama, con la luz apagada.

—¿Estaba ya el señor Vickers en su despacho citando usted llegó

a entrevistarse con él?

—Sí.

—¿Observó algo especial en el señor Vickers?

—¿Qué es lo que quiere decir usted, teniente?

—Pues algo así como un golpe. Un arañazo o cosa por el estilo.

Cerró los ojos y meditó un instante.

—No, no recuerde nada de particular. ¡Espere! Sí, tenía una pequeña desolladura en la mano derecha. Recuerdo que era una desolladura porque le vi una tira de tafetán que la cubría y él me lo dijo al preguntárselo. Contestó que había resbalado en la calle y para no caer del todo había apoyado la palma de la mano en la acera.

—Una explicación muy lógica —concordé—. Y después de comentar la pequeña lesión, ¿de qué hablaron?

Ruth Symington me miró de frente.

—No mencionaré una sola palabra acerca de nuestra conversación, teniente —dijo.

—¿Puedo telefonear? —pregunté inesperadamente.

Ella se sorprendió ante lo insólito de mi pregunta.

—Por supuesto. Venga conmigo.

Me llevó a la biblioteca e inició la acción de dejarme solo.

—No se marche, señora Symington —dije—. Le conviene escuchar lo que voy a hablar.

No tardó en sonar la voz de mi jefe en el auricular.

—Escuche, quiero pedirle una cosa.

—¿De qué se trata?

—Ponga bajo vigilancia a la señora Symington. Quiero un hombre en su casa que vigile sus menores movimientos y la impida salir de ella por muchos pretextos que alegue.

—¡Rayos! —juró Penderley—. Clarkson, ¿se da cuenta de lo que me pide? Los periódicos...

—Los periódicos un cuerno. Haga lo que le digo o tendrá que lamentarlo.

Y colgué.

Acto seguido me enfrenté con la dueña de la casa.

Ruth Symington aparecía muy pálida, pero mantenía la serenidad.

—Ya lo sabe —dije—. En el momento en que intente salir de

esta mansión sin mi permiso, la haré detener bajo la acusación de complicidad en la muerte de su propio esposo.

Tomé el sombrero y me marché sin esperar siquiera su respuesta.

La verdad es que Ruth Symington no tenía nada que contestar.

CAPÍTULO XVI

En Jefatura me encontré con un informe completamente inesperado.

Penderley me miró después de haberlo leído.

—¿Qué opina usted de eso, Clarkson? —inquirió.

Tomé mi sombrero y me dispuse a salir en el acto.

—Simplemente, que hemos estado con una venda en los ojos hasta este momento.

—Por mi parte, continuó teniéndola puesta —se quejó Penderley.

—Y yo creo haber levantado una punta. No veo mucho, pero sí un poco más que antes. Hasta luego.

Treinta minutos más tarde me enfrentaba con Fargo Stopf.

El abogado me miró con suspicacia. Su expresión bonachona había desaparecido al ver la dureza de los rasgos de mi rostro.

—¿Y bien, teniente? —dijo.

Le entregué el informe que acabábamos de recibir.

Stopf lo leyó y su cara adquirió el color de la ceniza.

—Es cierto —dijo—. Pero ya no tengo nada que ver con aquello.

—Entonces, ¿dónde está la pistola?

—Me la robaron hace tiempo.

—¿Quién?

—No lo sé, nunca he podido averiguarlo.

—¿Por qué no denunció el hecho a la policía?

—No tenía licencia. Me hubiera visto en un buen apuro si se hubiese sabido la verdad.

—Y por no avisar a la policía —dije incisivamente—, se han cometido varios crímenes con esa pistola que usted se trajo para recuerdo de su actuación como combatiente en la Brigada «Abraham Lincoln» en la guerra española. Todavía hay más, aunque esto no tiene que ver con el asunto que nos ocupa. La Brigada

«Abraham Lincoln» fue declarada asociación ilegal por su actuación subversiva por el Comité de Actividades Antiamericanas. Usted fue llamado a declarar y se negó a ello, escudándose en la enmienda quinta de la Constitución. ¿Es cierto?

Stopf se echó hacia atrás en su sillón.

—Sí. Pero yo nunca fui un comunista. Fue... Bueno, para mí fue una aventura. Tenía veinte años entonces y...

—A su regreso a los Estados Unidos se trajo la pistola, que conservó hasta que se la robaron. ¿Cuánto tiempo hace que notó la falta?

—Medio año, más o menos.

—¿Se da cuenta de que, a pesar de lo que está diciendo, su actuación es lo suficientemente oscura para que pueda ser considerado como sospechoso en el caso?

—Yo no he sido —dijo enérgicamente el abogado—. Puedo demostrar cumplidamente dónde estaba cada vez que se cometieron esos crímenes. Me doy cuenta de que cometí un error al no declarar la posesión del arma. Pero no la usé desde la guerra.

—¿Dónde la tenía usted guardada?

—En mi casa. En uno de los cajones de la mesa de mi despacho particular.

—¿Con llave?

—Sí. Pero cualquiera hubiera podido abrir aquel cajón con una horquilla de señora o algo parecido.

—¿Recuerda qué personas le visitaron en aquella época en su casa?

Se encogió de hombros.

—Hace ya tanto tiempo de ello... —se excusó.

—Tanto tiempo, no. Sólo seis meses. Stopf. Usted suele recibir a sus visitas en la sala de estar, no en el despacho. ¡Conteste!

Se humedeció los labios con la lengua.

—Bueno, por aquellas épocas estuvieron varios amigos míos. También Spillets.

—¿El empleado infiel?

—Sí.

—¿Qué motivos le llevaron a su casa?

—Me dijo lo que le pasaba. Quiso que le ayudara, pero no podía hacer nada por él, compéndalo.

—¿Le dejó solo en el despacho algún momento durante la entrevista?

—Pues creo recordar que sí, unos momentos, quizá.

—Entonces, bien pudo ser Spillets el que se apoderó del arma.

—Probablemente, aunque no puedo asegurarlo. Lo que sí sé es que días después, tres o cuatro, noté la falta de la pistola.

—¿Y después de Spillets, no estuvo nadie más con usted en el despacho?

—No, que yo recuerde.

—Haga un esfuerzo, Stopf —insistí.

Pensó durante unos momentos.

—Bueno, también estuvo el propio Symington. Estaba muy furioso por el asunto de Spillets. Además, era la época en que Vickers me estaba traspasando sus asuntos, y el desfalco de Spillets había ido a redondear, digámoslo así, la serie de contratiempos que Symington venía sufriendo aquella temporada.

—¿Serie de contratiempos? Explíquese un poco mejor, se lo ruego.

—Bueno, tenía el asunto de su esposa. Ruth se había separado de él.

—¿Pensaba pedir el divorcio la señora Symington?

—No. Ruth era, y es, opuesta a tal solución. Pero por aquellos tiempos se decidió a cambiar de dormitorio.

—Esto irritaría a Symington.

—Figúrese. Ruth es una mujer excepcional. ¿Qué hombre no se sentiría irritado en un caso semejante?

—Y usted, ¿qué opina del asunto? ¿De cuál de los dos fue la culpa de tal separación corporal?

—Es preciso ser cauteloso en un caso semejante, teniendo —dijo Stopf—. Reuben me dijo lo que le sucedía, pero no me quiso contar las causas. Y en cuanto a la señora Symington, mi relación con ella había sido mínima, de modo que menos aún podía decirme nada sobre el particular.

—¿No tiene usted alguna idea de cuáles fueron las causas que originaron tal separación?

—En absoluto, teniendo.

—¿Una posible infidelidad?

—En todo caso, no por parte de ella.

—¿Sabe si Symington tuvo algún lío de faldas?

—Me parece que no, teniente. Era muy morigerado en este aspecto, aparte de que... —Stopf sonrió cínicamente— con una mujer como Ruth, yo no miraría a nadie más en este mundo, la verdad.

Me puse en pie. Era inútil continuar el interrogatorio. Ya le había exprimido el jugo demasiado, y por más preguntas que continuase haciendo, no lograría otra cosa que perder el tiempo.

—Bien, señor Stopf —dije—. Muchas gracias por sus informes. Naturalmente, tendremos que hacer una encuesta secundaria con respecto a su pistola, pero no creo le cause demasiada extorsión.

—Lo tendré en cuenta, teniente.

Salí de la casa y busqué un teléfono público. Arrojé una moneda en la ranura y disqué un número.

—Miles al habla —dijo una voz.

—Clarkson —contesté—. ¿Alguna novedad?

Sonó una risita.

—Mi mujer dice que voy a tener que pedir aumento de paga para café y aspirinas. Eso es todo cuanto puedo decirle, teniente.

—Gracias, Miles. Escuche, voy a hacer una visita. —Le di la dirección y el número—. Posiblemente esté allí un buen rato. En todo caso, después me hallaría en mi casa. Y aguace el ingenio, hombre. Recuerde que dos vidas están pendientes de su sesera.

—Procuraré esforzarme, jefe.

Colgué y encendí un cigarrillo mientras salía. Tomé un taxi y le di la misma dirección que al sargento Miles.

Al llegar a mi destino, aboné la carrera y bajé del coche. Cruzé la acera y penetré en el edificio.

Un minuto después, llamaba a la puerta del domicilio de Clary Spankey. La muchacha se quedó de piedra al verme bajo el dintel.

—¡Dave! —exclamó, atónita.

Me intrigó su expresión de sorpresa.

—Deseo hablar con usted —dije.

—¿No podría venir en otro momento? —contestó, desconfiada.

—Ha de ser ahora —dije—. Necesito hablarle cuanto antes.

—Es que me disponía a salir y...

La miré de arriba abajo.

—¿En bata? —pregunté.

—¡Naturalmente que no! —Se ofendió—. Acabo de salir del baño y no me ha dado tiempo a cambiarme. Eso es todo.

La miré con gesto dubitativo.

—No.

—¿Por qué dice «no», Dave?

—Porque no me creo ese embuste, Clary. ¿Quién está con usted en estos momentos en su casa?

Apreté los labios.

—¡Grosero! —dijo.

Entonces, sin más comedimientos, la eché a un lado y atravesé el umbral, al tiempo que desenfundaba la pistola.

—¡Esto es ultrajante, Dave! ¡Llamaré a la policía...!

La miré por encima del hombro.

—Y yo, ¿qué cree que soy? ¿Un pastor metodista?

Seguí adelante y pasé a la pieza contigua.

Las cortinas del lado opuesto se movían aún débilmente. Y no eran tampoco tan largas como para impedir ver los pies del hombre que se ocultaba tras ellas.

Clary vino echando lumbre por los ojos. Alargué el brazo izquierdo, impidiéndola seguir adelante.

Luego, levanté la voz:

—¡Spillets, salga de ahí en el acto o dispararé!

CAPÍTULO XVII

Las cortinas se descorrieron, y el inhallable Spillets apareció frente a mí, contemplándome con expresión resignada.

—Usted es el teniente Clarkson, ¿no? —inquirió. Y antes de que yo pudiera contestar afirmativamente, dijo—: Baje la pistola, me entrego.

—Lo haría con mucho gusto, si no estuviese este demonio aquí —objeté—. Usted me parece buena persona, Spillets, pero Clary no me inspira ninguna confianza, dicha sea la verdad.

—¡Oh, qué fresco! —exclamó la aludida, enojándose. Spillets sonrió.

—Ven, hija, y prométeme que no vas a intentar ninguna jugarreta contra el teniente Clarkson.

La mandíbula me colgó de pronto.

—¿Hi... ja? —murmuré, balbuciente.

Clary se acercó al fugitivo de presidio. Spillets la tomó por el hombro.

—Así es, teniente. Clary es mi hija.

—Pero... se llama Spankey.

—Un nombre falso que tomó, obligada por las circunstancias. Su verdadero apellido es el mío, teniente.

Me pasé una mano por los párpados.

—Sería muy conveniente que me contasen todo cuanto sepan —dije—. De este modo, yo me evitaría muchas preguntas y así ganaríamos mucho tiempo.

—De acuerdo —dijo Spillets—. Clarissa, hija, ¿quieres serviros unas copas?

—Con mucho gusto, papá. —La chica se separó de Spillets y fue hacia el aparador, pero antes de llegar a él, se detuvo y me miró fijamente—: ¿Cómo supo que mi padre estaba aquí?

Guardé la pistola en la funda y me senté en un sillón cerca de la

puerta.

—Mire, Clary, los policías presentamos nuestras acusaciones a base de pruebas, lo cual no excluye la utilización del instinto en algunas ocasiones.

—¿Y el instinto le dijo que mi padre estaba aquí?

—Clarissa, hija, las copas —dijo el evadido.

—Sí, papá. Conteste, Dave.

—Verá. Hay una ilustre dama que se puso muy encarnada cada vez que le mencioné el nombre de Spillets. Durante unos días le ha dado albergue en su propia casa, pero ha llegado un momento en que teme se descubra el asunto. En vista de que nadie la relaciona a usted con Spillets, muchacha, lo más cuerdo era que se escondiese aquí.

—¿Y cómo sabía usted que era mi padre el que estaba en la residencia de esa dama?

—La vi hablar con un hombre desconocido la noche en que alguien me golpeó y luego me trajo a mi casa. Lo primero podía deberse a una especie de castigo por mi curiosidad. Lo segundo... Bien, nadie más que usted sabía mi domicilio. El resto ha sido mera deducción.

Clary sonrió brillantemente.

—¿Con soda o solo, Dave?

—Conviene que vaya aprendiendo mis gustos, Clary Con soda, poca. Cuando todo esto haya concluido, espero que satisfactoriamente tendré que hacerle un interrogatorio estrictamente confidencial.

—¿Ah, sí? —dijo muy encamada. Miré a Spillets con el rabillo del ojo. El evadido sonreía ampliamente—. ¿Y sobre qué versará el interrogatorio?

—Será muy breve. Constará de una sola pregunta, y, lógicamente, habrá una sola respuesta.

Me entregó el vaso, mirándome a lo hondo de los ojos.

—Estoy deseando oír esa pregunta, Dave —dijo con voz susurrante, sentándose al lado de su padre.

Miré a Spillets. El rostro del evadido era de los que no se olvidan una vez vistos. Era feo, pero agradable, y respiraba bondad por todos los poros de su cuerpo. ¿Cómo había podido aquel hombre cometer un desfalco de doscientos mil dólares?

Spilletts empezó a hablar al cabo de unos momentos.

—Siempre sostuve tenazmente la idea de mi inocencia, y si amenacé con matar a Symington fue en un momento de locura del cual me arrepiento ahora. Pero, sinceramente, nunca lo hubiera hecho, aun de haber tañido la ocasión propicia para ello.

—Sin embargo, se escapó de la penitenciaría.

—Es cierto. Ayudado desde el exterior, por supuesto. Por alguien que deseaba recobrar unos importantes documentos que le comprometían gravemente, para lo cual contó con la complicidad de mi hija, sin saber todavía que lo era.

—¿Y ese alguien es...? —pregunté.

—A su debido tiempo —contestó Spilletts—. Mi condena fue el resultado de una confabulación para, digámoslo así, apartarme de la circulación durante quince años. Emmanuel Thamley fue obligado, bajo presión, a declarar en contra mía, así como a falsificar alguna partida de los libros. Yo poseía, sin embargo, la prueba que podía demostrar todo lo contrario, pero no tuve tiempo de recobrarla antes de mi detención.

—¿Cómo le ayudaron a escapar?

—Aconsejada por mí, Clary entró a trabajar para Vickers, empleando un apellido supuesto. Vickers no la conocía, y Clary pudo captarse su confianza, de modo que cuando yo escribí al abogado diciéndole que poseía la prueba, accedió a mi sugerencia y me facilitó los medios, económicos se entiende, para poder consumir la evasión. Todo ello a través de Clary, quien seguía desempeñando el papel de una fiel secretaria. Casi en el momento de evadirme, Clary había recobrado la prueba que podía demostrar mi inocencia. Eran varias páginas de los libros de cuentas que yo había podido separar con el tiempo justo, pero que por haberlas guardado demasiado bien, en una cabaña donde solía pasar los fines de semana, en las montañas, no tuve tiempo de presentar ante el tribunal. Clary fue a recogerlas y entonces fue cuando aparecieron Shim y sus esbirros, dispuestos a arrebataráselas a cualquier precio.

—Lo cual significaba que Vickers tenía la conciencia muy sucia.

—En este aspecto, sí. Era el que había ayudado a Thamley, de acuerdo con Symington, a fraguar las pruebas que habían de enviarme a presidio. Si se descubría la verdad, el que iría a la cárcel sería él. Y eso no le convenía de ningún modo.

—Pero todo fue idea de Symington, ¿no? —dije—. ¿Por qué le odiaba Symington, Spillets?

Padre e hija se miraron unos instantes. Luego, ella dijo:

—Anda, papá, díselo.

Spillets respiró hondo.

—Ruth y yo estuvimos a punto de casarnos diez años atrás, a los dos de quedarme yo viudo. Nos separamos por una tontería, y ella, por orgullo, contrajo matrimonio con Reuben. No encontró la felicidad que había buscado, pero le fue fiel mientras vivió. Andando el tiempo, Symington se enteró de los amores juveniles de Ruth y tomó celos. Estos celos fueron creciendo sobre todo a medida que yo me hacía más y más indispensable en su organización. Symington llegó a adquirir una obsesión tal al respecto, que no paró hasta llevarme a presidio. Pensaba que con quince años tendría tiempo suficiente para que Ruth me olvidara.

Asentí lentamente mientras encendía un cigarrillo. Entonces, me dije, Ruth se enteró de ello y fue cuando se separó corporalmente de su marido, para demostrarle de este modo su desprecio por lo que había hecho. Y la noche del crimen, precisamente, Ruth, que estaba enterada de lo sucedido, pero que no podía hacer nada, porque hubiera tenido que declarar contra su esposo, y la ley no hubiera admitido su declaración, fue a ver a Vickers para ver cómo podían arreglar la libertad de Spillets.

Se lo dije al interesado. Spillets asintió.

—Así fue —repuso—. Pero Vickers dijo que ya no se podía hacer nada, y que Symington emplearía todo su poder y su dinero para impedir una revisión del caso. Únicamente empleando pruebas demasiado contundentes podría obtenerse mi libertad, pero a él, claro, no le interesaba se hallasen tales pruebas.

—¿Las guarda usted? —inquirí.

—Sí.

Miré a Clay.

—Registré su bolso y no las hallé.

—Están en las asas —dijo simplemente, a la vez que me hacía un alegre guiño.

No tuve otro remedio que contestar de la misma manera.

—Pero —recordé, de pronto—, ¿no se lo llevaron los pandilleros?

—Sí. Y luego lo vi yo en la oficina de Vickers, y aprovechando un momento de descuido, saqué las hojas acusadoras. Ahora están guardadas en un sitio muy distinto, y, por supuesto, inhallable.

Exhalé un profundo suspiro.

—Eres única, Clary —dije—. Contesta, ¿fuiste tú la que me golpeaste la noche que estaba espiando en el jardín de Ruth Symington?

—No. Solamente ayudé a llevarte hasta casa. El autor del golpe, fue Lucas, quien aprecia mucho a su ama. Es un servidor muy fiel, ¿sabes?

Todavía tenía un poco de hinchazón en la cabeza. Me la toqué con gesto resignado.

—Desde luego, he podido comprobarlo prácticamente. —Luego me encaré con el evadido—: Spillets, ¿fue usted quien llamó a Ruth Symington pidiéndole los ciento cincuenta mil dólares?

—No —contestó sencillamente el hombre—. Aunque ella me los hubiese dado de habérselos pedido.

—Si —murmuré—. Esto aclara su problema, pero el de los asesinatos sigue en pie. ¿Quién mató a Symington y a los otros? —pregunté.

Padre e hija se miraron nuevamente.

—El autor de la clave —dijo el primero.

Pegué un salto en el asiento.

—¿Cómo? ¿Usted conoce la clave?

—No, pero los periódicos no hacen más que hablar de ella —contestó Spillets.

—Pensamos lo mismo. El autor de la clave es el autor de las muertes —dije—. Pero ¿quién es?

—Yo sospecho de determinada persona —dijo Spillets—, pero no me atrevo a apuntar con el dedo, hasta tener la seguridad absoluta de que estoy en lo cierto.

—Muy bien —contesté. Sabía que en Spillets se podía confiar—. Entonces, apunte con el dedo y no tema.

El evadido fue a hablar, pero el teléfono sonó en aquel momento.

Clary se puso en pie y tomó el auricular.

—¿Sí? —Escuchó durante un instante y luego alargó la mano—. Es para ti, Dave.

Me puse en pie. Reconocí la voz de Miles al instante.

El sargento parecía muy excitado.

—¡Teniente, ya he hallado la clave! —gritó.

CAPÍTULO XVIII

Miles empezó a explicarnos el significado de la clave. Una vez se conocía, era demasiado sencilla. Pero el sargento había perdido al menos cuatro kilos tratando de hallarla.

Quiso decirnos cómo lo había conseguido, pero esto, en aquellos momentos, carecía de interés para nosotros. No nos interesaba el cómo, sino su siniestro significado.

—Es preciso leer los grupos de cifras arábicas al revés. El ordinal romano sirve únicamente para eso, para marcar el orden de las personas, y no tiene otra conexión con la clave que la ya indicada. El número seis significa uno de los libros sagrados de la Biblia. No están numerados, pero el asesino les dio un número a fin de establecer así el orden. Luego el número seis del primer grupo significa el libro sexto de la Biblia, esto es, el Libro de José. La segunda cifra indica el capítulo y la tercera el versículo.

Miles había venido provisto de una Biblia y la abrió por el lugar correspondiente, es decir, en el capítulo décimo tercero, versículo vigésimo tercero del Libro de Josué.

—*Y fueron los términos de los hijos de Rubén...* —leyó.

—¡Reuben Symington! —exclamé, sin poder contenerme.

—Exactamente —contestó el sargento—. Y el segundo muerto fue Benjamín Asher. Libro cuarto, es decir, de los Números, capítulo vigésimo sexto, versículo cuadragésimo primero. *Éstos son los hijos de Benjamín con sus familias...*

»El tercer asesinado —prosiguió el sargento— fue Moshe Klopstein. Libro segundo, esto es, del Éxodo, capítulo segundo, versículo décimo. *Y como creció el niño, ella lo trajo a la hija de Faraón, la cual lo prohió y púsole por nombre Moisés...* El cuarto asesinato corresponde al libro ordinalmente décimo tercero o Primero de las Crónicas. Capítulo quinto, versículo cuarto: *Los hijos de Joel...*

—Joel Benson —exclamé.

—Exactamente —dijo el sargento.

—Entonces, es fácil deducir cuáles son los otros dos que van a morir —dije, respirando afanosamente—. ¿Quién sigue a continuación, sargento?

Miles abrió la Biblia de nuevo.

—El libro primero es el Génesis. Capítulo segunda, versículo decimonoveno. *Formó, pues, Jehová Dios de la tierra, toda bestia del campo, y toda ave de los cielos, y trújalas a Adán...*

—¡Adam Vickers! —gritó Clary.

Me puse en pie de un salto y me precipité sobre el teléfono, discando frenéticamente el número del abogado. No recibí ninguna respuesta ni en su domicilio particular ni tampoco en su despacho.

Colgué el aparato lentamente.

—No está —dije.

—Ése es un tipo escurridizo —contestó Spillets—. No le encontrará la tormenta sin paraguas.

—Pero entonces, el asesino, si no le encuentra, buscará al número seis. —Me giré hacia Miles—. Sargento, ¿a quién corresponde el número seis?

Miles volvió a manejar la Biblia y la clave.

—Le corresponde el número ocho en la Biblia. Es el Libro de Ruth. Capítulo primero, versículo decimocuarto. *Más ellas, alzando otra vez su voz, lloraron... Más Ruth se quedó con ella.*

—¡Ruth!

Spillets se puso en pie de un salto.

—¡La van a matar! —chilló.

Clary se agarró de su brazo.

—Ten calma, papá —dijo. Estaba también muy pálida—. El teniente Clarkson la salvará.

—Si el asesino no la ha matado todavía —dijo el evadido, con lúgubre acento.

—Eso podemos comprobarlo ahora mismo —dije.

Tomé el teléfono y marqué el número de la residencia Symington, pidiendo hablar con ella en el acto.

Ruth tardó unos segundos en contestar.

—Soy el teniente Clarkson —dije—. Señora Symington, está corriendo un gravísimo peligro. Nosotros vamos a socorrerla cuanto

antes, pero mientras llegamos, es preciso que sea usted misma quien atienda a su propia seguridad.

La voz de Ruth era mesurada.

—Haré lo que sea preciso, teniente —contestó.

—Gracias. Escuche, métase en la biblioteca y enciérrese en ella con llave hasta que hayamos llegado nosotros. No abra a nadie por ningún concepto, ¿me entiende?

—Perfectamente, señor Clarkson.

—Bien, entonces, hasta ahora. Antes de quince minutos estaremos ahí.

Colgué y me volví hacia Miles.

—Sargento, vaya a Jefatura y vea a Penderley. Dígale de mi parte que es absolutamente preciso que vigile la casa y el despacho del abogado Vickers y que lo detenga incluso, con tal de salvarle la vida.

—Sí, señor.

—Deberá enviar también una pareja de agentes con la orden de detener a Farley Stopf. Que se comuniquen conmigo en la residencia de Symington.

—Entendido, teniente.

Miles era un chico listo y despierto. No fue necesario que agregase más. Dio media vuelta y salió a toda velocidad.

Cuando terminé de hablar, Clary ya se había puesto un abrigo, lo mismo que su padre, el cual ya tenía el sombrero en la mano.

—Dave —dijo la chica—, siempre he apreciado mucho a Ruth. Respecto a mi padre, no hay más que hablar, de modo que lo quieras o no, iremos contigo.

Sonreí cálidamente, a la vez que oprimía afectuosamente su brazo.

—Vamos —fue todo lo que contesté.

Salimos a la calle y montamos en el coche. Clary se sentó a mi lado. Su padre en el asiento posterior, actuando con suma discreción. Di el contacto, embragué y arranqué a toda velocidad.

CAPÍTULO XIX

El rostro de Ruth Symington aparecía blanco como la cera, pero su apariencia era de serena compostura, sin que la noticia de su posible muerte semejara haberla afectado en lo más mínimo.

Estrechó mi mano con cálido gesto, se abrazó con Clary y luego se volvió hacia Spillets, a quién miró intensamente.

—Hola, Fargo —dijo.

—Hola, Ruth —contestó el evadido, con voz estrangulada.

Hubo una pausa de silencio. Mientras tanto, cerré la biblioteca con llave, la cual guardé en el bolsillo, y reduje la iluminación al mínimo, dejando encendida solamente una lámpara en la mesa de despacho.

Inspeccioné las cortinas y comprobé que las ventanas estaban bien cerradas. Luego hice que los tres se acomodaran en un lugar fuera de tiro, donde el asesino a quién esperábamos no pudiera disparar a través de las ventanas.

Hecho esto, me enfrenté con Ruth.

—Sé la historia por completo —manifesté. Le expliqué también lo de la clave, en lo cual invertí diez largos minutos—: ¿Sabía usted algo al respecto?

—No —contestó—. Es la primera noticia que tengo.

—Su nombre está marcado con el número seis en la lista del asesino. ¿Tiene usted alguna idea de los motivos por los cuales intentan matarla?

—En absoluto. Reuben tenía enemigos, por supuesto. Pero yo no, al menos que pueda afirmar conscientemente.

Me mordí los labios. Encendí un cigarrillo y di un par de paseos por la habitación.

Luego me volví hacia Ruth.

—Señora Symington, ¿quién sospecha usted que pudo ser el autor de la llamada en la cual la amenazaban de muerte si no

entregaba la suma de ciento cincuenta mil dólares?

—No tengo la menor idea, teniente.

—¿Vickers?

—No lo creo.

—¿Está segura de ello?

—¿Cómo podría afirmarlo? —respondió—. En las actuales circunstancias...

Fue interrumpida bruscamente por la campanilla del teléfono. Lo tomé y escuché la voz del sargento Beatty.

—Teniente, Farley Stopf ha huido y no sabemos dónde puede estar.

—Bien, gracias. Procuren buscarlo a toda costa —ordené, colgando el aparato.

Me enfrenté con el trío.

—Stopf ha desaparecido —manifesté—. Señora Symington, ¿qué concepto tiene usted de dicho individuo?

—No puedo expresarlo de una manera concreta —respondió—. Me pareció siempre una buena persona.

—Me refiero en el campo profesional. Dijo que usted tenía plena confianza en él y que le había ratificado la administración de los bienes de su marido.

—Así es. Puesto que Reuben confiaba en él, ¿qué podía hacer yo? Mi fuerte no son los negocios precisamente, señor Clarkson.

—Entiendo —murmuré. Luego miré al evadido—. Spillets, cuando esto haya concluido, por supuesto, con la demostración de su inocencia, le espera una ardua tarea.

—Estoy seguro de que la desempeñaré a conciencia, aunque...

—Miró a la viuda con ojos cargados de pasión—. Ruth, siento tener que, decírtelo, pero los asuntos de Reuben habrán quedado muy embrollados.

—Eso no me importa, Fargo —contestó ella, sonriendo levemente.

—Ojalá fueran solamente embrollados —murmuró Spillets—. Temo algo mucho peor.

—¿Quiere significar que el desfalco existió y que se lo achacaron a usted? —exclamé, muy sorprendido.

—Espero demostrarlo cumplidamente cuando tenga tiempo suficiente para ello, señor Clarkson —manifestó el fugitivo.

Hice una mueca.

—Esto se pone cada vez más interesante.

Clary se incorporó. Fue a decir algo, pero en aquel momento, algo crujió no lejos de nosotros.

Hice una señal con el índice sobre la boca, a la vez que extraía la pistola de la funda. Luego moví la mano izquierda, indicándoles se retirasen al extremo opuesto de la biblioteca.

Spillets y las mujeres obedecieron en silencio. Yo miré en todas direcciones, procurando adivinar la procedencia del ruido.

El crujido se repitió. Me pareció oír luego una respiración fatigosa, pero no podía asegurarlo en aquellos momentos.

Por unos instantes me sentí completamente desconcertado. ¿De dónde demonios procedían los ruidos?

Súbitamente, se produjo un sonido como el de un roce fuerte de unas ropas o un cuerpo humano contra una pared. Y casi en el acto, un alarido desgarrador invadió con siniestros trémolos la biblioteca.

Clary se puso en pie, chillando despavorida. Su mano señalaba la chimenea.

Miré hacia aquel lugar. El alarido se había convertido en un gorgoteo infrahumano. Entonces, comprendí lo que sucedía.

La chimenea era amplia, muy grande, capaz para pasar una ternera de una sola vez. Todavía no había llegado el tiempo de usarla y estaba completamente limpia.

Unas piernas humanas asomaban desde la rodilla por la parte alta de la chimenea. Y las piernas se agitaban frenéticamente, con unos movimientos semejantes por completo a los de una persona que pende de una cuerda por el cuello.

Entonces comprendí el truco de que se había valido el asesino para penetrar en la biblioteca y matar a Symington sin ser visto. Pero no eran aquéllos los momentos más propicios para entrar en deducciones.

Guardando la pistola, me arrojé hacia la chimenea.

—¡Ayúdeme, Spillets!

El evadido vino en mi socorro. Pude meterme a medias bajo la chimenea, pero me fue imposible de todo punto auxiliar al hombre que colgaba de una cuerda. No le vimos la cara hasta más tarde, pero Vickers murió ahorcado ante nuestros ojos, sin que pudiéramos hacer el menor esfuerzo para evitarle una muerte tan espantosa.

Sus movimientos cesaron a poco. Cuando aquellas piernas que asomaban tan justamente por debajo de la chimenea adquirieron la última inmovilidad, busqué algo para confortarme. Y no era yo el único que necesitaba un poco de licor para reponer el ánimo quebrantado.

Pero antes de que hubiéramos podido tomar el primer sorbo, sonaron en el jardín dos detonaciones muy juntas, seguidas de un aullido de dolor.

Abrí la puerta de la biblioteca y me lancé fuera de ella. En aquel momento, Lucas, el mayordomo, el inapreciable e inexpresivo Lucas, penetraba en la casa con una escopeta de dos cañones en la mano. Las bocas de ambos cañones humeaban todavía.

—Teniente —dijo con voz átona—, creo que he herido a un hombre que intentaba causar daño a la señora. Está en el jardín.

Farley Stopf estaba en el jardín, en efecto. Las perdigonadas que le había disparado el celoso Lucas habían causado efectos devastadores en su organismo, pero viviría para ser juzgado por asesinato y cómplice de asesinatos.

CAPÍTULO XX

—Ahora ya está todo claro —dije, días más tarde.

Nos habíamos reunido los cuatro en una acogedora salita de la residencia que fuera de Symington, pasadas ya las horas amargas de aquellos días tan intensos.

—Stopf ha hablado. Ha hablado mucho —seguí—, con la esperanza de salvar el cuello, cosa que dudo bastante. Todo fue una farsa de principio a fin. Vickers y él estaban de acuerdo para estafar a Reuben Symington. En otros tiempos, Symington y los restantes, excepto Stopf, habían tenido un negocio en común. Para entenderse mejor, habían utilizado una clave determinada, la misma que estuvo a punto de volvernos locos. De este modo evitaban posibles indiscreciones de competidores. Más tarde, aquella sociedad se deshizo. Cada uno fue por su lado, aunque sólo en apariencia, porque Benson, Asher y Klopstein, según para qué clase de asuntos, nada claros por supuesto, continuaban unidos.

Hice una pausa para beber un sorbo del vaso que Clary me alargaba. Luego, continué:

—Entonces vino el jaleo del odio de Symington hacia Spillets. Vickers le ayudó a fraguar las pruebas, y en cuanto Spillets hubo ido a la cárcel para quince años, Vickers decidió actuar, de consuno con Farley Stopf; a quién también le gustaba untarse las manos con la rica miel de los bienes de Symington. Para eso contaba con la valiosa ayuda de Vickers, durante tantos años administrador de Reuben, y que, por lo tanto, conocía todos sus asuntos al dedillo.

»Había un motivo poderoso para que Vickers deseara la muerte de Symington. —Miré a Ruth fijamente—. Usted, señora. ¿Cómo deshacerse del marido sin peligro? Muy sencillo: ayudando a evadirse a un hombre que había amenazado con matarlo. Y en cuanto supo que Spillets había conseguido sus propósitos, vino aquí, entró por la chimenea y tras descolgarse por una cuerda que ya

traía prevenida, lo mató de un tiro con la pistola que Stopf le había facilitado. Por eso tenía la desolladura en la mano derecha. El subir y bajar por la cuerda no era su fuerte y usted lo advirtió, señora Symington, aunque, claro, no pudo sospechar que se debía a ello. De este modo, nos volvimos locos pensando en el medio que había empleado el asesino para entrar en la biblioteca cuando ésta se hallaba cerrada a piedra y dolo. Luego salió por el mismo camino y listo.

—Pero quedan las muertes de los otros tres —objetó Clary.

—Si —dije—. Asher, Klopstein y Benson sospecharon inmediatamente de la identidad del asesino. Eran unos tipos vivos y decidieron aprovecharse de ello para chantajear a Vickers. Éste no podía tolerar una extorsión semejante y por ello los fue matando uno a uno, dejando, a instigación del propio Stopf, la clave con distintas tachaduras, a medida que iban muriendo, como aviso para los supervivientes de que cesaran en sus pretensiones. Luego debió parecerles que el aviso no era suficiente y que lo mejor era acallarlos para siempre, por lo que unas veces Vickers y otras Stopf, según la ocasión, fueron cometiendo los asesinatos. Y el mismo Stopf fue el que dejó aquí, en el despacho de Reuben Symington, un ejemplar de la clave con la primera tachadura, aprovechando una visita que había hecho a Ruth para tratar de los negocios de su difunto esposo.

—Pero —exclamó Ruth—, y a mí, ¿por qué quería asesinarme? Sacudí la cabeza.

—Cuando Vickers supo que no obtendría las pruebas que podían exculpar a Spillets, para destruirlas y enviarle de nuevo a la cárcel, comprendió que nunca podría conseguir lo que deseaba. Usted había amado siempre a Spillets, sin haber dejado de mantenerse fiel a Symington, pero ahora que éste había muerto, no existía motivo alguno para que, pasado un plazo prudencial, se convirtiera en la señora Spillets. Y estaba tan locamente enamorado de usted, que los celos le cegaron. Prefirió que muriera antes que fuera de otro hombre. Ya habían muerto cuatro personas. ¿Qué importaba una más? Esta vez, sin embargo, le salieron mal las cosas. Debieron fallarle las fuerzas o acaso preparó mal la cuerda por la cual descendía por la chimenea. No lo sabremos nunca. Lo que sí es cierto que resbaló y metió el cuello en el lazo que había colocado al

final para apoyar los pies antes de dar el salto definitivo. Vickers era lo suficientemente delgado para que su cuerpo pudiera pasar por la chimenea, pero no tanto que pudiera levantar los brazos para librarse de aquel mortífero dogal ni para que nosotros pudiéramos ayudarlo. Y así murió, víctima de sus propios trucos.

—¿Y Stopf? —preguntó la muchacha—. ¿Por qué estaba en el jardín?

—Había venido a prevenir a Vickers y evitar que cometiera un crimen que estimaba absurdo, máxime cuando sabía que ya la policía les seguía los pasos de cerca. Afortunadamente, el celoso y eficiente Lucas intervino con notorio acierto y excelente puntería. Espero —dije—, que en lo sucesivo no vuelva a golpearme.

Ruth sonrió. Su semblante parecía haberse librado de la pesadumbre que la había oprimido durante tanto tiempo. Estrechó cariñosamente la mano de Spillets.

«He aquí —pensé— por dónde voy a tener la madrastra más encantadora del mundo».

—Pero ¿por qué llamó Vickers a Ruth fingiéndose mi padre? —preguntó la muchacha.

—Sencillamente, para acumular más sospechas aún sobre él. Era la ocasión ideal, ¿no crees?

Clary asintió. En aquel momento sonó el teléfono. Escuché lo que me decía el jefe Penderley.

—Hemos detenido a Shim y a sus compinches. Han confesado de plano.

—Esto es interesante. ¿Qué han dicho?

—Actuaban por encargo de Vickers. Incluso fingieron el tiroteo desde el MacDonald Building para alejar las posibles sospechas que recaían sobre Vickers. Thamley también ha contado muchas cosas interesantes acerca del supuesto desfalco de Spillets.

—Magnífico. Gracias, jefe. —Y colgué.

Spillets, Ruth y Clary me miraron con ansia. Les expliqué cuanto acababa de oír y respiraron aliviados.

En aquel momento se abrió la puerta. Lucas, el impasible Lucas, anunció la cena.

—La cena está servida.

Ruth y Spillets caminaron hacia el comedor. Clary echó a andar también, pero yo la detuve por el brazo.

La chica se volvió a mirarme.

—¿Sí, Dave?

—Recuerda, Clary. Dije que tenía que someterte a un interrogatorio. Y que sólo te haría una pregunta.

—Sí.

—Bueno, ¿qué me contestas?

—Ya he dicho sí. ¿Qué más quieres, Dave? Anda, vamos a cenar, tengo hambre.

La miré mientras caminaba. Sacudí la cabeza con aire un tanto desconcertado.

—Vaya una manera de acoger una petición de mano —comenté. Y de pronto, noté que yo también tenía hambre.

FIN

Alf Regaldie
UN MUERTO ACUSA



Aparecerá la próxima semana
en esta colección

Precio:
7 ptas.

EDITORIAL BRUGUERA, S. A.

¿Quién es **bob morane?**



FICHA

Nombre y apellidos: BOB MORANE

Edad: Menos de 30 años.

Profesiones: Ingeniero, Aviador, Periodista, Detective (aficionado), Agente Secreto (cuando se lo piden)

Deportes que practica: Judo (cinturón negro), Boxeo, Equitación, Pesca Submarina, Aviación, Paracaidismo

Estatura: Alto

Complexión: Atlético.

Cabello: Rubio, muy corto.

Ojos: Azules acero.

Situación militar: Comandante de la R. A. F. durante la guerra.

Una colección de libros
de aventuras que
leerá muchas veces.



COLECCION

marabú



Libros
que se pueden
leer y
ver!

22



Precio:
30
ptas.

BOLSILIBROS BRUGUERA

ULTIMOS VOLUMENES PUBLICADOS

PRECIO: 7 PTAS.

COLECCION "PIMPINELA"

303 — Isabel Irigaray
SIEMPRE, VIDA MIA

COLEC. "MADREPERLA"

398 — Amparo Lara
ENTRE DOS CARINOS

COLECCION "ROSAURA"

642 — Jesús Navarro
HUMO AZUL

COLECCION "AMAPOLA"

539 — Carlos de Santander
HABLO EL CORAZON

COLECCION "ALONDRA"

463 — M.^a Teresa Sesé
ASI APRENDI A
QUERERTE

COLECCION "CAMELIA"

404 — M.^a Adela Durango
CITA CON EL ODIO

COLECCION "CORAL"

70 — Corín Tellado
LA BODA DE IVONNE

COLECCION "CORAL"

71 — Corín Tellado
DE OTRA RAZA

COLECCION "BISONTES"

743 — Cliff Bradley
DOS VAQUEROS

COL. "SERVICIO SECRETO"

607 — Clark Carrados
LA CLAVE ESCARLATA

COLECCION "BUFFALO"

440 — George H. White
APTA PARA PISTOLEROS

COLECCION "TEXAS"

308 — Orland Garr
PELIGRO EN SANTA FE

COLECCION "COLORADO"

232 — M. Lafuente Estefanía
TERRY, EL RAPIDO

COLECCION "CALIFORNIA"

287 — M. Lafuente Estefanía
VENGANZA AL ACECHO

COLECCION "KANSAS"

198 — M. Lafuente Estefanía
JUGADA MAGISTRAL

Col. "HEROES DEL OESTE"

180 — M. Lafuente Estefanía
"DALE-BIG"

COL. "ASES DEL OESTE"

150 — Donald Curtis
QUEBRADA DEL TRUENO

COLEC. "BRAVO OESTE"

62 — A. Rolcast
LA LEY PARA TODOS

Las obras más selectas, los autores más populares,
la presentación más sugestiva, los hallará siempre
en las Colecciones de EDITORIAL BRUGUERA, S. A.

Mora la Nueva, 2 - Barcelona

Hipólito Irigoyen, 646 - Buenos Aires

**FIRMAS QUE REPRESENTAN A
EDITORIAL BRUGUERA, S. A.
EN LOS PAISES QUE SE CITAN**

- REPÚBLICA ARGENTINA:** Editorial Bruguera Argentina
SAFIC, Hipólito Yrigoyen, 646/50 - BUENOS AIRES.
- BOLIVIA:** Alfonso Tejerina Cortez, Comercio, 1073 - LA PAZ.
- COLOMBIA:** Editorial Bruguera Colombiana, Ltda. Calle 18,
número 8-64 - BOGOTÁ.
- COSTA RICA:** Carlos Valerín Sáenz y Co. Ltda. - Aparta-
do 1.924 - SAN JOSÉ.
- CHILE:** Distribuidora Rutas, Ltda. - Galería Imperio, 355-B
SANTIAGO.
- DOMINICANA:** Librería Amengual - El Conco, 40 - SANTO
DOMINGO.
- ECUADOR:** Librería Selecciones, S. A. Benalcázar, 543 y
Sucre - QUITO. Librería Selecciones, S. A. - Aguirre, 717
y Boyacá - GUAYAQUIL.
- GUATEMALA:** Gilberto Morales - 13 Calle número 5-43
GUATEMALA.
- MEXICO:** Editorial Istacchuatli, S. A. - Avda. Uruguay, 17
MEXICO.
- PANAMA:** Servicio Continental de Publicaciones, 29 Este
número 5-51 - PANAMA.
- PARAGUAY:** Adolfo N. Buzó - Estrella, 380 - ASUN-
CIÓN.
- PERU:** "Iris, S. A." Egón Rosenfeld - Jirón Moquegua, 336
LIMA.
- PUERTO RICO:** Matías Photo Shop - 200 Fortaleza St. - SAN
JUAN. (Para bolsilibros).
- SALVADOR:** Abelardo García Gandía - 2ª Avda. Sur, 520
Edificio Modelo. Apartamientos 304-305 - SAN SALVADOR.
- URUGUAY:** Domínguez y Espert e hijos - Paraguay, 1.485
MONTEVIDEO.
- VENEZUELA:** Distribuidora Continental, S. A. - Ferren-
quín a la Cruz, 173 - CARACAS.



Dana Wynter

N° 1486

Nació en Londres el primero de junio de 1932 con el nombre de Damar Wynter. Recientemente la hemos admirado en "La muchacha de Berlín", "Amor y guerra" y "Hundid al Bismarck".



EDITORIAL BRUGUERA, S.A.

MORA DE NUEVA 2 - BARCELONA (España)

PRECIO EN ESPAÑA: 7 pts. * Impreso en España - Printed in Spain

